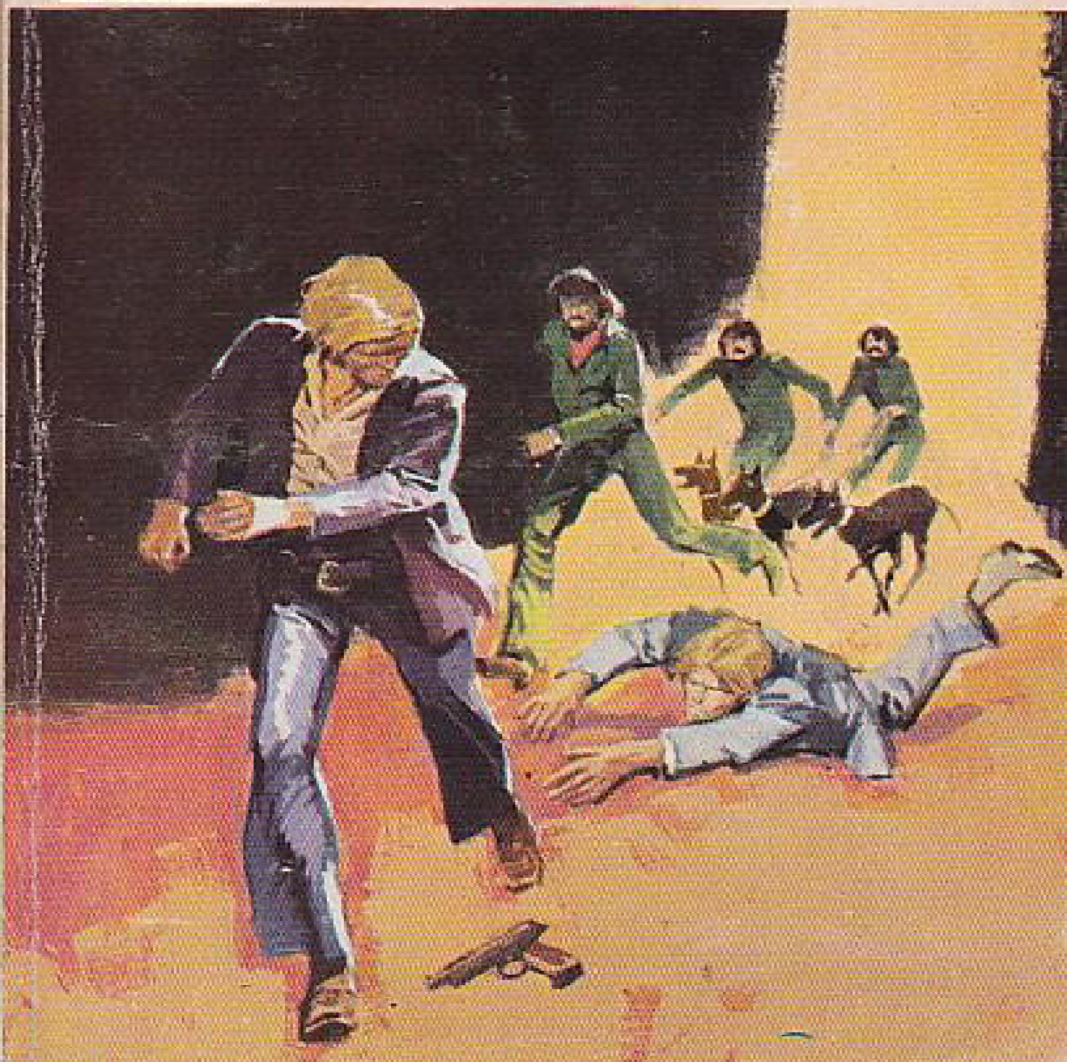


BOLSIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

el secuestro de Peggy Bowers

Joseph berna



Stella

COLECCION

PUNTO ROJO



JOSEPHBERNA
ELSECUESTRODEPEGGYBOWERS

Colección
PUNTOROJO n.
°740 Publicación semanal

EDITORIALBRUGUERA,S.A.

BARCELONA•BOGOTA-BUENOSAIRE•CARACAS-MEXICO

ULTIMASOBRASDELMISMOAUTORPUBLICADASPORESTAEDITORIAL

1.349—UnguardaespaldasparaSally.EnColecciónKANSAS.

843—Laelección demissOklahoma.EnColecciónCOLORADO:

841—Unosadocaliforniano.

EnColecciónBISONTESERIEAZUL:

164—

La herederadelCincoEstrellas.EnColecciónBUFALO SERIEAZUL:

217—Unaesposaounbalazo.EnColecciónPUNTOROJO:

729—Desayunoconfantasmas,

ISBN;S4-02-02520-X

Depósito legal:B.16.529-3.976

Impreso en España-Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1976

©) Joseph Berna-1976

Editorial Bruguera, S.A., Barcelona (España)

texto

© Desilo-1976 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A. Madrid

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A. Parets del Vallés (N-152, Km.

21,650) Barcelona-

1976

El coche, un «Jaguar» descapotable, decolor rojo, avanzaba a moderada velocidad. Lo conducía Peggy Bowers, una joven de pelo rubio, nicotona, ojos claros. Peggy tenía veintitrés años.

Lo había cumplido apenas una semana antes.

El «Jaguar» había sido el regalo de cumpleaños de su padre. Peggy estaba en sus cursos de estudios de Filosofía y Letras en la Universidad John Hopkins, de Baltimore.

La clase había concluido pocos minutos antes, y Peggy se dirigía a su casa, ubicada en aquellos momentos, por la carretera sólo circulaban dos vehículos: el «Jaguar» de Peggy Bowers y un «Plymouth» azul.

El tráfico, en la carretera 58, era habitualmente escaso. Los dos automóviles.

El «Plymouth» azul, a unos cincuenta metros de él.

A una velocidad similar.

De pronto, el «Plymouth» aceleró, aproximándose rápidamente al «Jaguar».

Le extrañó aquel brusco cambio de velocidad del automóvil azul, pero tampoco.

Peggy aproximó su coche al margen derecho de la carretera, para dejar paso al vehículo azul, cuyo conductor había obrado como si alguien le hubiese dicho: «Oye, mujer, sálate a la pista pegando con otro. El «Plymouth» alcanzó al «Jaguar».

Perón lo rebasó, porque, cuando estuvo a su altura, el vehículo azul aminoró.

Peggy pudo ver que viajaban en él dos hombres, ambos en el asiento delantero.

formar realmente temeraria.

La joven se vio obligada a dar un brusco viraje, para evitar la colisión. Su coche.

No muchos, porque Peggy hundió el pie en el pedal del freno.

El «Jaguar» se detuvo, envuelto por una polvareda impresionante. Algún.

Cuando la polvareda levantada por los neumáticos empezó a disiparse, la joven

Sehallabadetenidoenlacarretera.

Losdoshombresqueviajabanenél,habíansalidodelvehículo.Ycorríanha

Cuandoestuvieroncercadeella,Peggy,conlacarasuciadepolvo,ylosojos

chisporreantesdecólera,gritó:

—

¡Sivienenapedirmediulpasporloquehanhecho,pierdeneltiempo,porquen

¿Quéformadeadelantarunvehículoesésa?...¿Enquéauto-

escuelaaprendieronustedesaconducir?...

¡Noestánencondicionesdeconducirniuncarro!...

¡Torpones,másetorpones!¡Vamos,largodeaquí!

Lostiposnosemovieron.

Eranaltosycorpulentos.

Ambosmanteníanfijoslosojosenlamuchacha.

Unodeellos,queteníaunaverrugabastantegrandecitaenelladoderechodel

—¡Eh!,¿quéhace?—exclamóPeggy.

Elsujeto,trasdarunadescaradaojeadaalasbonitaspiernasdelajoven,visibl

—Salgadelcoche,señoritaBowers.

Peggysintióunramalazodefrioenlaespalda.

¡Aquelloshombressabíanunombre!

Yellosignificabaque...¡quenohabíasidounaccidente!

¡Elmaladelantamientodelautomóvilazulhabíasidorealizadodeliberadam

Convoztrémula,inquirió:

—¿Quiénessonustedes?...¿Quéquierendemí?...

—Nohagapreguntasyobedezca—dijoelindividuodelaverruga.

—Sinonoscreadificultades,nosufriráningúndaño—

dijoelotrosujeto,queteníalacaraestrechayalargadacomounabala.

—¿Quéseproponenhacerconmigo?—murmuróPeggy.

—Nadamalo,yaselohadichomicompañero—

respondióelfulanodelaverrugón.

—Setratadeunsimplesecuestro—informóCaradeBala

—.Sabemosquesupadreesunhombrerico,señoritaBowers.Leexigiremoscien
quiera.

—Vamos,señoritaBowers—dijoelotrotipo

—.Nopodemosperdermástiempo.Podríapasaralguienporaquí,ylascosasse

Peggynotuvomásremedioquesometerse.

—¿Puedocogermibolso?—preguntó.

—Cójalo—

autorizóelsujetoquemanteníaabiertalaportezueladelcoche.Peggyselo

CaradeBalalatomódelbrazo.

Almismotiempoqueelfulanodelaverrugacerrabalaportezueladel«Jaguar

—¡Seacercauncoche,Rudy!—
advirtióCaradeBala,quefueelprimeroenpercataresdelhecho.
Sucompañerogirólacabeza.
TambiénPeggy,conundestellodeesperanzaenlamirada.
ElsujetoquerespondíaalnombredeRudyrezongóunamaldiciónalcomprobar.
—¡Rápido,Alex!¡Alcoche!
Losdostiposecharonacorrerhaciael«Plymouth».
CaradeBalatirabadePeggyBowers,sinningúnmiramiento.
Lajoven,conelfindehacerperdertiempoasussecuestradores,paraqueelcoche
—¡Ay!—gritó,congestodedolor,aunqueoledolíanada.
EltipollamadoAlexsevioobligadoadetenerse,paranodejaralamuchachita.
—¡Arriba,deprisa!—
ordenó,levantándoladeunbruscotirón.Peggyencogióinmediatamente.
—¡Meduelemuchoelpie!...¡Creoque mehatorcidountobillo!
Rudy,eltipodelaverrugaeneltabiquenasal,mascullóunaimprecación,por
Demasiadocerca.
—¿Quéhacemos,Rudy?...—exclamóCaradeBala—.
¿Tomoenbrazosalachica?...
—¡Yanohaytiempo,malditasea!—
rugiósucompañero,aproximándoseaellos—.
¡Tenemoselcocheprácticamenteencima!
Enefecto.
El«Chevrolet»yacasiestabaasualtura.
Sedetuvo,apocosmetrosdel«Plymouth»delossecuestradores.
Descendiódeélunjovendebuenatalla,atléticacostitución,cabellooscuro.
Vestíapantalonesclarosyunachaquetasport.
Selepodíanconcederunosveintiochoaños.
Eljovenavanzódecididamentehacia dondeseencontrabanlosdoshombres.
Rudy,porlacomisuradelaboca,advirtió:
—
Cuidadoconloquedice,señoritaBowers.Unasolapalabraencontranuestra,yre
—
Serámejorquemantengalabocacerradaynosdejehablaranosotros—
mascullóamediavoz"Alex,quecontinuabasujetándolaporunbrazo.
Peggysemordisqueóloslabiosnerviosamente.
Eljovendel«Chevrolet»llegóhastaellos.
Yasehabíadadocuentadequelaatractivajovendecabellosrubiosmantenía
Aobservarladecerca,descubrió tambiénquetenía elrostrosuciodepolvo,a
—¿Hasufridoalgúnaccidente,señorita?—
lepreguntó,convozperfectamente

timbrada.

Peggy fue a responder, pero Rudy se le anticipó.

—

Sí, pero no hasido grave. Tansólo siente unas ligeras molestias en el tobillo. Los ojos del joven, grises, de mirada penetrante, escudaron al tipo del averno. Finalmente, volvió a mirar a la muchacha.

—¿Puedo hacer algo por usted, señorita?

Peggy estuvo a punto de decirle lo que pasaba, pero se contuvo en el último momento.

Y si ello sucedía, ella se sentiría responsable de su muerte. No, no podía decirle.

Carade Balas se dejó oír:

—

Nosotros nos ocuparemos de atenderle debidamente a la señorita, amigo. Sigasun.

—Sólo me marcharé si ella me lo pide—

respondió el joven, sin apartar sus ojos de los de la muchacha.

Peggy observó que Rudy se llevaba la mano a la parte interior de la chaqueta, como si quisiera ocultar algo.

No necesitaba preguntarle qué.

¡Iba a sacar su pistola!

¡Y dispararía contra el joven! Si no dudaría más, Peggy rogó:

—

Márchese, por favor. Me basta con la ayuda de estos..., de estos dos caballeros.

—¿De veras que no necesita la mía?— insistió él.

—No...

—Y aló, amigo— dijo Rudy, sin apartar la mano de la axila.

—Monte en su coche y lárguese—

indicó Alex. El joven volvió a mirar a los dos.

De pronto, sus ojos se fijaron en un punto situado a espaldas de la pareja de intrusos.

Extendiendo el brazo izquierdo hacia allí, preguntó:

—¿Es la cartera que está tirada en el suelo de algún ustedes?

Los espectadores se picaron en el suelo, y giraron la cabeza, los dos al mismo tiempo.

El joven del «Chevrolet» desplegó el brazo derecho, con rapidez, y le estrelló la mano.

En el diestro, concretamente.

Los nudillos del joven casi rozaron la verruga del tipo.

Sillegan a golpear un poco más hacia el tabique nasal, adiós verruga, porque te voy a sacar.

Rudy lanzó un gritito y cayó de espaldas. Alex volvió a la cabeza rápidamente.

Sólo pudo ver que algo se dirigía hacia su cara, pero no le dio tiempo a saber qué.

Era el puño del joven de tez bronceada.

Estalló en su mandíbula con la potenciada un mortero.

CaradeBala se convirtió de pronto en esoprecisamente, en una bala, y salió di-

Peronollegó muy lejos, porque perdió el equilibrio y fue a dar con su hueso en el

suelo.

Rudy, tendido todavía sobre la tierra, vomitó un juramento, a la vez que movió

—¡Cuidado!—

chilló Peggy Bowers, dándose cuenta de la acción del tipo.

Su advertencia no era necesaria, porque el joven de la chaqueta *sport* también

Diou poderoso salto hacia él y disparó la pierna derecha, alcanzando al fulan

Rudy pegó un chillido, mientras su arma volaba por los aires, cayéndole jos

El joven de la «Chevrolet» disparó la otra pierna, buscando con la punta de su za

Debió encontrarlo, a juzgar por el alarido que éste lanzó, al tiempo que se enco

El joven buscó con la mirada al otro sujeto. Lovi todavía en el suelo, medio

Sin perder un segundo, corrió hacia donde había caído la pistola del tipo de la v

Caminó seguidamente hacia CaradeBala.

Buscó en la axila izquierda del tipo, encontrando otra pistola idéntica alade

Después, agarró al sujeto por la solapa y lo levantó.

Acto seguido le cascó con la derecha, en la quijada.

CaradeBala dio un par de vueltas de campana y fue a parar muy cerca de donde

Intercambiaron una mirada llenas de sufrimiento.

Al ver que el joven moreno iba de nuevo hacia ellos, recuperaron rápidamente

Escasos segundos después, el «Plymouth» azul se alejó del lugar como un ból

El joven del «Chevrolet» se volvió hacia Peggy Bowers.

—Parece que los tipos están en prisa—dijo, sonriendo.

Ella, perpleja todavía por la asombrosa facilidad con que el joven había dado

—¿Les sigue doliendo el tobillo?—inquirió él, flexionando las piernas, hasta que daren
cucullas del ante del joven—. Déjeme que le dé un vistazo—
dijo, cogiéndole el pie derecho.

Le quitó el zapato, dejó que la plantada del pie de la muchacha, graciosamente

—¿Qué hace?—dijo Peggy.

—Estole a liviará el dolor, señorita—
respondió el joven, levantando ligeramente la cabeza.

—¿Qué dolor?

—El que siente usted en el tobillo. Peggy sonrió, divertida.

—

Perosi yo no siento ningún dolor. Ni en el tobillo, ni en ninguna otra parte. El

—Entonces..., ¿por qué mantén la pierna encogida?

—Era una treta—

respondió Peggy, introduciendo el pie en el zapato.

—¿Una treta?—repitió el joven, irguiéndose.

—

Sí. Paragana el tiempo. Esos tipos a los que usted golpeó a lo Cassius Clay, querían

—

Encuanto los miré a los ojos, me di cuenta de que esos individuos no llevaban bue

—

Los tipos me hicieron saber que le matarían si yo le decía lo que pasaba. El jov

—Comprendo. Usted pensó que le sería fácil liquidarme.

—Así es.

¿Cómo iba a saber yo que usted, repartiendo tortas, se quedara solo?

—Me mantengo en forma, eso es todo.

—¡Y tan en forma!—

rió Peggy, abriendo su bolso. Extrajo un pañuelo y empezó a pasárselo por

—Debo estar horrible, con tanto polvo en la cara.

—Usted no estaría fea ni a la quillada de payaso—

repuso galantemente el joven.

—Caramba, qué piropo tan bonito...—sonrió Peggy, halagada.

—Paul Dewey es mi nombre—se presentó él.

—Elmío, Peggy Bowers. El joven respingó.

—¿Ha dicho Peggy Bowers?...

—Sí, así me llamo.

—¿No será usted, por casualidad, pariente de Ronald Bowers, el famoso escritor?...

—Esmi padre.

—¡No!

Peggy se puso seria.

—¿Aquel se lo unabofofetada?

—¿Cómo?...—

pestañeó Paul Dewey, muy de prisa. La joven levantó la mano derecha.

—Retírese o inmediatamente se la estrañe en la cara.

—¿Qué quiere que retire?

—Lo que ha dicho.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Que Ronald Bowers no es mi padre.

¿No se da cuenta de que está ofendiéndola memoria de mi madre?

Paul Dewey respingó con más fuerza que antes.

—¡Meha entendido usted mal, señorita Bowers!

¡Fue una exclamación de sorpresa, no una negación!

El se echó a reír.

—¡Caramba, qué tonto ha sido!

Debí darme cuenta de que... En fin, le ruego que me disculpe, señor Dewey.

—Los amigos me llaman Paul...

—Perdone mi patinazo, Paul.

—No tiene importancia. Pero hubieras sido ilegal darme la bofetada.

—Ahora estaría muerta de vergüenza.

—Olvidelo, señorita Bowers. Ella sonrió coquetamente.

—Los amigos me llaman Peggy...

—¿Sabe una cosa, Peggy?

—¿Qué?

—Me alegro de que estos tipos intentaran secuestrarla.

—¡Paul!

—Sí, Peggy, me alegro muchísimo. ¿Y sabe por qué?

—Dígame lo usted.

—Porque gracias a ello, he tenido el placer de conocerla.

—Le agradezco el cumplido, Paul. Pero el maltrato que yo he pasado...

—

Los malos ratos es mejor olvidarlos, Peggy. Ella le miró a los ojos, sonriendo suavemente.

—

Tiene usted razón, Paul. Y sepa que también a mí me alegra haberle conocido.

—Muchas gracias.

—

Las gracias debodárselas yo, por haber impedido que los secuestradores lograran.

—¿Y cuándo piensa dárme las?

—Se las estoy dándole...

—¿Sólo así, de palabra?

—¿De qué otro modo podría dárselas?

Paul Dewey sonrió de forma contagiosa.

—¿No se molestará si se lo digo?

—Meparecequeséloquequiereusted,Paul...

—Aver.

—Queledéunbeso.

—Diana.

Peggysacudiólacabeza,sonriendo.

—Meestáresultandoustedunpájaro,Paul.

—Silepareceunpremioexcesivo...

—No,nomepareceexcesivo.

—Pueshale.

Peggyseempinósobrelaspuntasdelospiesylebesó,peroenlamejilla.Paul

—Quédesilusión...

—¿Porquédiceeso?

—Yoesperabaotraclasedebeso.

—Oiga,ustedvamuydeprisa.

—Depequeñoganévariascarreras.Peggyempezóareír.

—Tieneustedungransentidodelhumor,Paul.

—¿Quieresaberunacosa,Peggy?

—¿Qué?

—Cuandoríetodavíaestáustedmásbonita.

—

¿Noleparecequeyavasiendohoradequeabandonemosestelugar,Paul?

—

Mesientotanagustohablandoconusted,quemequedaríaaquíhastamañana.

—Seguiremos-hablandoenmicasa,nosepreocu-

—¿Ensucasa?...

—Sí.

Deweyhizounamueca.

—Metemoqueesonovaaserposible,Peggy.

—¿Porquéno?

—Yonopuedoirasucasa.

—¿Nodisponedetiempo?

—Oh,sí,tiempotengodesobra.

—¿Entonces...?

PaulDeweycarraspeóligeramente.

—

Supadremeecharíaencuantomevieseentrar.PeggyBowersagrandólosojos.

—¿Quemipadreelecha...?

—Sí,Peggy.

—¿Porquéhabríadehacermipadreunacosaasí...?

—Porquesoyperiodista.

—¡Oh!

—

Sí,Peggy,soyperiodista.Ysupadre,comobiensabeusted,lestienemaníaalosp

que se enfureciese conmigo.
Peggy se bozó una sonrisa.

—
Mi padre hace años que no concede entrevistas a ningún periodista, Paul.

—
Losé. Poreso precisamente tenemostodotanto interés en conseguir una. El per-

—¿Para qué periódico trabaja usted, Paul?

—Para *El Correode Baltimore*.

Peggy amplió su sonrisa y aseguró:

—*El Correode Baltimore* publicará esa entrevista.

—¿Eh...?—respingó cómicamente Dewey.

—
Yole pediré a mi padre que le conceda a usted la entrevista, Paul, y él, teniendo en
—¡Peggy!—exclamó él, cogiéndola por los hombros—. ¿De veras cree usted que su
padre...?

—Estoy segura, Paul.

—¡Sería maravilloso!

—Sí.

—
¡Esa entrevista me convertirá en el periodista más popular de Baltimore!

—Seguro.

—¡Y de todo el estado de Maryland!

—Sin lugar a dudas.

—¡Qué contento estoy!

—Selenota.

—¡Déjeme que le dé un beso!

—¡Paul!

Antes de que la joven tuviese tiempo de impedirlo, Paul Dewey la besó en los

—¡Estoy loca de alegría, Peggy!

—Lo codebería dejarlo yo, pero de un abofetada—
repuso ella, con el ceño fruncido.

—¿Por qué?—preguntó él, soltándola.

—Por haberme besado.

—
Pensé que estaba obligado a demostrarle mi agradecimiento, y se me ocurrió da-
—¿Por qué no me besó en la mejilla?

—
Porque yo sólo le beso a mi madre y a una tía que tengo en Nueva York. Peggy

—Es usted un fresco, Paul Dewey.

—En eso me parezco a mi abuelo.

—¿También él lo era?

—
Yaloo creó. Se presentó una vez a un concurso de frescos y le dieron el primer p

—Está visto que con usted no se puede, Paul.

—¿Yano está enfadada conmigo?

Ande, vaya a su coche y sígalo al mío. Paul Dewey corrió hacia el «Chevrolet».
Peggy Bowers subió al «Jaguar» y puso el motor en marcha.
Segundos después, los dos vehículos circulaban nuevamente por la carretera 58

Lacasa, demoderna construcción, estaba rodeada de césped y de árboles. Peggy Paul Dewey detuvo el suyo de atrás del «Jaguar» de la muchacha. Ambos descendieron. El periodista de *El Correo de Baltimore* se acercó al joven. Ella preguntó:

—¿Qué le parece la casa, Paul?

—

Es preciosa. Tenía que ser así, para no desentonar del hijo del propietario.

—Caramba, ya estamos otra vez con los piropos.

—Galante que es uno.

—Venga conmigo, señor galanteador—

indicó Peggy, caminando hacia la puerta. Dewey la siguió.

Subieron cuatro escalones.

La joven pulsó el timbre.

—Apártese de la puerta, Peggy.

—¿Cómo?

—Que se haga a un lado. Verá algo divertido.

—¿Algo divertido?

Enviada de que la muchacha no se movía de donde estaba, Dewey la cogió por los

—¿Qué desea aquí, Peggy. Y guarde silencio, ¿eh?

—¿Qué es lo que pretende, Paul?

—Enseguida los abra—

respondió él, situándose nuevamente delante de la puerta. Desde allí le sonrió.

Peggy le miraba, desconcertada.

Un par de segundos después, la puerta se abrió.

La sirvienta, una joven morena, de rostro bonito y formas muy estimables, frunció

—Buenos días— dijo Dewey, sonriendo.

—¿Usted otra vez?

—Es o parece, guapa.

—Yase está largando aquí, señor Dewey.

—He venido a hablar con el señor Bowers.

—El señor Bowers no quiere verle. Está de usted hasta la coronilla.

—Losé, preciosa.

—Yyotambién.

—¿Usted también...?— pareció sorprenderse Dewey.—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es usted el tipo más pesado que conozco, señor Dewey.

—Sólo pesoochenta y dos kilos, nena.

—La cara debe pesarle por lo menos veinte.

—¿Porqué?
—Porquelatienemásduraqueelcemento.
—Lascosasquetienequeoíruno...—suspiróelperiodista.
—Vamos,lárguese de una vez. Dewey dijo que no con la cabeza.
—Hoy hablaré con el señor Bowers, encanto.
—Está usted fresco, señor Dewey.
—¿Se apuesta algo?
Lasirvienta sonrió con ironía.

—
Tendría que amenazar me con una pistola para que yo le dejase entrar.
—Mejor condos—
repuso Dewey, metiéndosela mano en los bolsillos de la chaqueta.
Extrajo las pistolas de Rudy y Alex, los tipos que intentaron secuestrar a Peggy.
—¡Oh!—exclamó ésta, dándole un respingo.
—¿Qué, me deja entrar ahora, primor?
—¡Sí, sí! ¡Pero a parte esas pistolas, por Dios!
¡Se le podría disparar a alguna! Dewey se guardó las armas.
Peggy Bowers se cubrió la boca con una mano, para contener la risa. Apesar
—¿Quién..., quién hay ahí?—

tartamudeó ésta, que se había quedado sin color en las mejillas.
Dewey miró al ahijado de Ronald Bowers.
—Ya puede dejarse ver, Peggy. La joven se acercó a la puerta.
—¡Señorita Bowers...!—exclamó la sirvienta, llena de perplejidad.
—Hola, Neely.
—¿Dedónde sale usted?
—Estaba ahí, escuchándolo que hablaba usted y el señor Dewey.
—Pero...
—El señor Dewey y yo somos amigos, Neely.
Los ojos de la sirvienta se agrandaron al máximo.
—¿Amiga usted de un gangster, señorita Bowers...? Peggy rió.

—
Neely, por Dios... El señor Dewey no es un gangster, sino un periodista.
—
¿Es que no ha visto usted el par de pistolas que lleva en los bolsillos de la chaqueta?

—Nosotros suyos.
—¿Y qué importa que no seas suyos?
¡El caso es que me amenazó con ellos!
—Sólo fue un broma, Neely—
intervino Paul Dewey. La sirvienta le miró, furiosa.
—Conque un broma, ¿eh?
¡Pues bromas como éstas se las suabuela, señor
Dewey!
—Mi abuelaya hace años que pasó a mejor vida, Neely.

—¡Puesasutía! Peggyrogó:

—Vamos, Neely, cálmate.

—

¿Cómo quiere quemecalme, después del susto quemehellevado?

—

Yomehellevadounomuchomayor, teloaseguro. Ysinollegaaserporelseñ
Dewey, aestashorasestaríenpoderdedosindividuossinescrúpulos.

Lasirvientaparpadeó.

—¿Usted, señorita Bowers...?

—

Sí, Neely. Lostiposintentaronsecuestrarme, peroelseñorDeweyloimpidió. La

—¡Cielosanto!—

exclamó lasirvienta, llevándose unamano a loslabios.

—

Luegoteloexplicaré todo condetalle, Neely, cuando hayahablado con mipadre
¿verdad?

—Sí, señorita Bowers. Trabajando en su despacho.

—Vamos, Paul.

Peggy y el periodista de *El Correode Baltimore* entraron en la casa.

—¿No le dije que hoy hablaría con el señor Bowers, Neely?—
recordó Dewey, dándole un pellizquito en la barbilla.

Lasirvienta le pegó un zarpazo.

—¡Pellizquea su abuela, señor Dewey!

—Yalehedicho quemipobre abuela...

—¡Sí, yamelo hadicho!

Peggy atrapó por un brazo al periodista y tiró de

—Basta ya, Paul, o Neely acabará dándole un abofetada.

—¡Seguro!— dijo la sirvienta.

Peggy se llevó a Paul Dewey hacia el despacho de su padre.

—Tiene usted las manos muy largas, Paul.

—Enesotambién me parece como a mi abuelo.

—Menuda facha su abuelo.

—

Los amigos le llamaban el Seis Doble, que es la ficha más gorda en el juego del dom

Peggy movió la cabeza, riendo.

—Es usted terrible, Paul.

—Y usted una chica encantadora, Peggy. Alcanzaron el despacho.

Peggy abrió la puerta, apenas un palmo, y asomó la cabeza por el hueco. Vio

Tecleaba en su máquina de escribir.

Se hallaba tan absorto en su trabajo, que no se había dado cuenta de que la puer

Peggy soltó un carraspeo.

Ronald Bowers levantó los ojos y miró por encima de la montura de sus gafas.

Era un hombre de estatura corriente, delgado, pelonegro, facciones agradab

—Peggy...—dijo, y sus labios se distendieron en una sonrisa.

—

Lamento interrumpirte, papá, pero es que tengo que hablar contigo.

—No importa, hija. Anda, pasa.

Peggy acabó de abrir la puerta y entró en el despacho. Paul Dewey entró tras

El escritor, al verle, saltó materialmente de su sillón.

—¿Cómo diablos has llegado usted hasta aquí?—
gritó, quitándose las gafas con brusquedad.

—Bueno, yo...

—Viene conmigo, papá—explicó Peggy.

—Sí, con ella—

dijo el periodista. Ronald Bowers miró a su hija, perplejo.

—¿Contigo...?

—Sí, papá. El señor Dewey y yo nos hemos hecho buenos amigos.

—¡Oh, ya entiendo!

¡El señor Dewey, al ver que no lo graba con vencerme para que le concediese una

¡Pues está usted muy equivocado, amigo mío!

Paul Dewey carraspeó nerviosamente.

—Señor Bowers...

Este alargó el brazo, señalando la puerta, y rugió:

—¡Fuera!

—Pero...

—¡Hedichofuera, señor Dewey!

El periodista diomedía vuelta y caminó hacia la puerta.

—¡Paul!—exclamó Peggy.

Dewey se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Sí, Peggy?

—¿Qué va a hacer?

—Marcharme. ¿Es que no ha oído usted a su padre?

—Vuelva aquí inmediatamente, Paul.

Dewey giró nuevamente sobre sus talones y volvió al lado de la muchacha.

—¡Peggy!—gritó Ronald Bowers—.

¿Quién manda en esta casa, tú o yo? Ella sonrió.

—Tú, naturalmente.

—¿Entonces...?

—

Cuando se pas lo que me ha sucedido hace un rato, te avergonzarías de haber tratado

Ronald Bowers arrugó el ceño.

—¿Qué te ha sucedido, Peggy? Ella se lo refirió todo.

Cuando acabó, preguntó:

—¿Sigues queriendo echar de casa a el señor Dewey, papá?

Ronald Bowers bajó la cabeza.

—Tenias razón, hija. Ahora me siento avergonzado...

Peggy se aproximó a él, se cogió de su brazo y le dio un beso en la mejilla.

—

Estoy segura de que el señor Dewey aceptará tus disculpas, papá. El escritor miró.

—Siento haberle tratado tan mal, señor Dewey.

—No se preocupe—sonrió Paul.

Ronald Bowers salió de detrás de la mesa y ofreció su mano al periodista.

—Le estoy muy agradecido por lo que ha hecho, señor Dewey.

—

Me alegra haber tenido la oportunidad de ayudar a su hija, señor Bowers.

—dijo Paul, estrechando la mano del escritor.

Peggy terció:

—Está sendeuda con el señor Dewey, papá.

—Sí, es cierto.

—Oh, no, por favor...—dijo Paul.

—Le ruego que no hablen ustedes de deudas.

—No tenemos más remedio que hablar, porque es así—

repuso Ronald Bowers.

—Usted, al impedir que aquellos individuos se cuestran en Peggy, nos lo merecemos.

El escritor regresó al otro lado de la mesa, abrió un cajón y tomó su talonario de

cheques.

—¿Le parecen bien cinco mil dólares?

—¡Oh, no!—exclamó el periodista, sacudiendo la cabeza.

—Puede guardarse su talonario de cheques, señor Bowers, porque no pienso aceptar.

Peggy intervino nuevamente:

—Está ofendiendo al señor Dewey, papá.

—¿Ofendiéndole...?

—

Claro. Si de veras quiere agradecerle lo que ha hecho por mí, no le ofrezcas dinero.

—¿Qué otras cosas puede ofrecerle?

—Concédele una entrevista para su periódico.

—¿Qué...?

—Es lo que más desea en estos momentos. Se produjo un silencio.

—Peggy, tú sabes que...

—¿Que no tragas a los periodistas?

Sí, claro que los sé. Pero debe hacer una excepción con el señor Dewey, porque él...

Ronald Bowers miró al joven.

—De acuerdo, señor Dewey—suspiró—. Tendrá usted su entrevista.

—¿De veras, señor Bowers...?—respondió el periodista.

—Le espero mañana por la mañana, a las doce. Y, por favor, sea puntual.

—¡Descuide, señor Bowers!—

exclamó Dewey. Después, mirando a la hija del escritor, dijo

—:Qué feliz me siento, Peggy.

—También yo, Paul.

Ronald Bowers largó otro suspiro.

—
Bien, y así lo quedé llamar a la policía, para dar cuenta del intento de secuestro.
—Yopuedoocuparmede eso, señor Bowers—dijo Dewey
—Me une una buena amistad con el teniente Horton. Yo le informaré de todo, yé
—Está bien, señor Dewey—accedió el padre de Peggy—. Yo espero que los encuentren
pronto, antes de que los otros se decidan a intentarlo de nuevo.
—No creo que vuelvan a intentarlo, señor Bowers.
Peggy ya los conoce, y eso les dificultaría muchas cosas.
—Sí, es cierto—convino el escritor. Hablaron unos minutos más.
Después, Paul Dewey se despidió de Ronald Bowers. Peggy le acompañó hasta la
—Hasta mañana, Paul.
—Eso es mucho tiempo, Peggy.
—¿Sugiere algo?
—Que cenemos juntos esta noche. ¿Acepta mi invitación?
—Sí.
—Magnífico. Vendré por usted a las ocho.
—Estaré lista, Paul.
Dewey salió de la casa, entró en su coche, y accionó la llave de contacto. El «Chevy»
Media hora más tarde, se detenía ante el número 86 de Gilmore Street. Dewey salió
Poco después, hundió la yema del pulgar en el timbre de una de las puertas.
Abrió un tipo alto y corpulento.
—Hola, Dewey—
dijo el sujeto, que tenía una gran verruga en el lado derecho del tabique nasal
—Pasa, te estamos esperando.

Paul Dewey entró en la habitación. En ella había dos camas.

En la de la izquierda, recostados sobre la cabecera de la misma, se encontraba Carabala.

El tipo tenía en la barbillados manchones azules, muy cerca del uno del otro.

En la mano derecha sostenía un paño húmedo, que se aplicaba con cuidado.

—¿Qué tal, Alex?—dijo Dewey.

—Mal—gruñó Carabala—. Tengo la quijada hecha migas.

—Y youn pó mulo queda pena—

dijo su compañero, rozándose el derecho con las puntas de los dedos

En efecto, lo tenía enrojecido y muy hinchado. Dewey carraspeó levemente.

—

Losiento, muchachos. Pero tenía que sacudirlos de verdad, para que los chicanos

—¿Y era necesario pegarte anduro?—rezongó Alex.

—Hombre... Rudy inquirió:

—¿Dio resultado, Dewey?

—Sí, todos alió como yo había planeado.

—Entonces, no tendremos problemas con la policía...

—Ninguno—aseguró Dewey

—. El padre de la muchacha estuvo de acuerdo en que fuese yo quien hablase con

—Cosa que tú no harás...—dijo Alex.

—Claro que no.

—Bien, vengamos los doscientos pavos convenidos—

pidió Rudy, extendiendo la mano. Paul Dewey extrajo subileteray le dió ciendo

Esterezongó:

—

Acincuenta pavos el castaño... Creo que hemos hecho un mal negocio, Rudy.

—Tal vez—dijo el del verrugón

—. Pero estábamos prácticamente sin blanca, Alex. Y tú y yo, con tal de conseguir

—Menos robar.

—

Sí, es una naca. Tenemos aspecto de delincuentes pero no los somos. Dewey, sonríe

—Sois dos tipos estupendos, de veras.

Rudy se fijó en los bolsillos de la chaqueta del periodista.

—Sigues llevándote las pistolas, ¿eh?

—Des hazte pronto de ellas—aconsejó Alex, con ironía

—. Son demasiado peligrosas. Dewey se echó a reír.

Extrajo el par de pistolas.

—¿A que parece de verdad?

—
Sí, así me puse, nadie diría que son de las que usan los chicos para jugar a policía.
—dijo Rudy.
—Las compré en un bazar de juguetes.
—¿Qué piensas hacer con ellas?—preguntó Alex.
—Las guardaré como recuerdo—
respondió Dewey devolviéndolas a los bolsillos.
—Has tal vista, muchachos. Y gracias por vuestra colaboración.
—Adiós, puños de piedra—
gruñó Carade Bala, y se aplicó por enésima vez el paño húmedo a los ojos.

Paul Dewey entró en la redacción de *El Correo de Baltimore*.

Los bolsillos de su chaqueta ya no abultaban, porque había dejado las pistolas.

Dewey fue directamente al despacho de Albert Playton, el director del periódico. Paralegal al despacho de Playton, había que pasar por delante de la mesa de Britt

Carey, la secretaria de éste, una pelirroja muy atractiva.

Desde allí, no se veía al resto del personal.

Dewey se paró delante de la mesa de la pelirroja. —Hola, Britt.

—Hola, Paul.

—¿Está el jefe?

—Sí.

—Voy a verle.

—Será mejor que lo dejes para otro momento, Paul.

—¿Por qué?

—El jefe está de un humor de mildiablos.

—
Bueno, así suele estar muchas veces. Pero, que yo sepa, todavía no ha mordido a nadie.

—Tú podrías ser la primera víctima.

Dewey apoyó las manos en la mesa y se inclinó sobre la máquina de escribir que

—
Si el jefe se decidiese a morder a alguien, estoy seguro de que empezaría por ti. Ell

—Se agradece el cumplido, Paul.

—¿Siguen teniendo novio, Britt?

—Sí.

—¿A qué se dedica ese suertudo?

—Es escultor.

—Demonios, por eso quiere casarse con una escultura. La pelirroja rió.

—Ere tremendo, Paul.

—Y tú algo sensacional.

—Anda, ve con el jefe. Y suerte.

—
Notepreocupes. Encuanto ledigalo que acabodeconseguir, sepondráasaltarco

—¿Tanimportantees, Paul...?

—Importantísimo.

—¿Novasadecirme dequeésetrata?

—Losiento, Britt, pero el jefe debese rel primero ensaberlo.

—Por favor...—rogó ella. Deweysonrió.

—

¿Qué me ofrecesacambiodeser la primera en conocer las sensacional notici

—¿Quéquierestú?

—Un beso.

—Cortito.

—Larguito.

—Mediano. ¿Lotomasolodejas?

—Lotomo, lotomo.

—Venga, deprisa, nonospillealguien.

—Ysemuerade envidia—

dijo Dewey, aproximandorápidamente su rostro al de la pelirroja.

Unió sus labios alos de ella.

Justamente entonces, se abrió la puerta del despacho del director de *El Cor*

Baltimore.

Albert Playton, un tipo de mediana estatura, algo grueso, con muy pocopelo,

—¡Paul!...—

tronó, haciendo que le temblaran los pelos de los espesos bigotes que le cubrían totalm

Deweyseparósebruscamentedelapelirroja.

—¡Hola, jefe!—dijo, sonriendo nerviosamente

—. Conustedqueríayohablar.

—Sí, ¿eh?—repuso Playton, desviandolosojoshacia su secretaria—.

¡Pues noparecía tenermuchaprisa!

Lapelirroja, que había enrojecido intensamente, rehuyó la furiosa mirada del

Dewey carraspeó.

—

Verá, señor Playton, a Britt se le metió algo en un ojo, y yo estaba tratandode aver

—¡Oh, sí, claro!

—

Deveras, jefe. Algunamotitadepolvo, seguramente. Albert Playton lomasticó

—Dijiste que querías hablar conmigo, ¿no?

—Sí, jefe.

—¡Pues adentro!

Deweyse apresuró a entrar en el despacho del máximo responsable de *El Correo*

Baltimore.

Playton cerró la puerta con rabia, dio varias zancadas y alcanzó el sillón que habí

sumesa.

Antes desentarse en él, extendió el brazo y apuntó a Dewey.

—

Sí vuelvo a pillar te besando a Britt, te choo a la calle, Paul. Quedas advertido.

—Es que la chica es pura tentación, jefe.

—¡Pero es mi secretaria!

—Quién pudiera decírmelo mismo.

Albert Playton masculló algo que Dewey no logró entender y se dejó caer en su sillón.

—Venga, dílo que se ay la gata de mi vista.

—Agárrese al sillón, jefe. Playton levantó la mirada.

—¿Queme qué...?

—

Que se agarre al sillón. La noticia que le traigo está sensacional, que podría usted Playton entre cerrar el ojo.

—¿De veras tienes una noticia importante, Paul?

—Importante es poco, jefe. Y a le he dicho que es sensacional.

—Habla, Paul.

—

El Correo de Baltimore, gracias a mí, va a ser la envidia de todos los demás periódicos.

—¡Suéltalo de una vez, malditasea!

¿Nove que me estoy mordiendo el bigote de puro nerviosismo?

—

Está bien, jefe, allá va: he logrado vencer a Ronald Bowers para que me conceda.

Albert Playton saltó del sillón como si alguien acabase de pincharle en el trasero.

Dewey sonrió.

—Le dije que se agarrara al sillón, jefe.

—¿Ronald Bowers, el escritor...?—

exclamó Playton, con los ojos muy abiertos. Dewey dio una cabezada.

—El mismo, jefe. Mañana, a las doce, tengo que estar en su casa.

—¡Eso es fantástico, Paul!

—¿No se lo decía yo?

—¿Cómo lo has conseguido?

—

Soy un tipo muy tenaz, jefe. Y con unos dotes de persuasión muy estimables.

Albert Playton rodeó la mesa y abrió los brazos, con la sonrisa más amplia que le dio.

—¡Venga un abrazo, Paul!

—Todos los que quiera, jefe. Se lo dieron, muy efusivo.

Y así se molieron las espaldas apaladas. Cuando se separaron, Playton notificó.

—Cuenta con quinientos dólares de gratificación, Paul.

—¡Señor Playton!

—Y una semana de vacaciones.

—¡No!

—Telomereces, muchacho.

—¡Un millón de gracias, jefe!—

dijo Dewey, y sin pensárselo dos veces, atrapó por las orejas al director de *El Correo*.

Antes de que Playtontuviera tiempo de decir nada, Paul Dewey corrió hacia la

—¿Notedije que el jefe se iba a volver loco de alegría, Britt?...

¡Está tan contento que alomejor nos sube el sueldo a todos!

Lapelirroja, ceñuda, dijo:

—

Denadame has servido de dejar que me besaras. No me has dicho de qué se trata.

—Porque el jefe nos sorprendió.

—Eso has ido lo peor de todo.

—

Notepreocupes, que él ya no se acuerda de que me pilló besándote. Ahora, sólo pi

—¡Paul!

—Esa era la noticia, preciosa. Hasta luego.

Dewey echó a andar, y poco después abandonó la redacción.

Cuando Paul Dewey detuvo su «Chevrolet» delante de la casa de Ronald Bower

Descendió del coche.

Silbando una alegre melodía, caminó hacia los cuatro escalones que había qu

Lo subió y se dispuso a pulsar el timbre.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada. Extra

Lo que vio, cuando estuvo abierta totalmente, le produjo un estremecimien

En el suelo, tendida de espaldas, yacía Neely, la sirvienta.

Tenía los ojos cerrados, la cabeza ligeramente tendida hacia el hombro derecho.

Se arrodilló a su lado, le cogió la muñeca y le tomó el pulso.

Sintió un gran alivio al comprobar que la sirvienta no estaba muerta, sino sólo

Dewey empezó a palmarle las mejillas.

—Neely... Despierta, Neely.

La atractiva morenita comenzó a darse señales de vida.

Dewey dejó de darle palmaditas en las mejillas cuando vio que ella abría los

—¿Qué pasó, Neely?

—¡Señor Dewey!—

gritó la sirvienta, al tiempo que en su facción se reflejaba el terror.

El periodista le tomó las manos y se las oprimió cariñosamente.

—Tranquilízate, Neely, y dime qué ha ocurrido.

Ella levantó la cabeza y recorrió el vestíbulo con sus asustados ojos.

—¿Dónde están?

—¿Quiénes?— preguntó Dewey.

—¡Esos hombres!

—¿Qué hombres, Neely?

—¡Los que entraron en la casa, empuñando sendas pistolas!

Paul Dewey se estremeció por segunda vez.

—¿Cuánto eran, Neely?

—¡Dos!

—¿Qué aspecto tenían?

—

No pude verles las caras, porque las llevaban cubiertas por una máscara

¡Pero eran altos, y muy fuertes!

—¿Qué hicieron, Neely?

—

No los sé, señor Dewey. Encuanto abrió la puerta, uno de ellos hundió el cañón de su

—Te durmieron con cloroformo.

—Sí, es de bía contener aquel frasco.

—¿Te encuentras con fuerzas para levantarte, Neely?

—Creo que sí.

—

Arriba pues. Hemos de averiguar qué hicieron esos individuos. Ayudada

Entonces, lo miró y dijo:

—Metemoquesa qué vinieron esos hombres, señor Dewey.

—¿Aquí, Neely?

—A secuestrar a la señorita Bowers.

Dewey no pudo contener un respingo.

—¿A secuestrara Peggy?...

—Seguro. ¿No lo intentaron ya apenas unas horas antes?

Dewey negó con la cabeza.

—Neely, aquellos tipos no...

—¿No, qué?—inquirió ella, al ver que el periodista se interrumpía.

—

Bueno, lo que quiero decir es que, caso de que estén loci, el toy Peggy hayasidos

—¿Por qué no?

—

Dejemos eso por el momento, Neely. No podemos perder tiempo hablando.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Dewey.

—¿Dónde se encontraba Peggy cuando los tipos se entraron en la casa?

—

Arriba, en su dormitorio, terminando de arreglarse para ir a cenar con usted.

—¿Y el señor Bowers?

—En su despacho, trabajando.

—

Bien, sube tú al dormitorio de Peggy y yo iré al despacho del señor Bowers.

Dewey hizo ademán de ponerse en movimiento, pero la sirvienta le cogió por un

—Espere, señor Dewey.

—¿Qué ocurre, Neely?

—Que no soy tan valiente como usted. Dewey sonrió levemente.

—¿Tienes miedo de subir sola al dormitorio de Peggy?

—Tanto, que no soy capaz de hacerlo.

—Los individuos se han largado ya, Neely.

—¿Cómo los sabe?

—

Afuera no hay más coche que el mío. Es o prueba que ya no están en la casa.

—De todos modos, prefiero no separarme de usted ni un solo instante.

—Está bien, Neely, no nos separaremos.

—Gracias.

—Vayamos primero al despacho del señor Bowers.

—Dios quiera que lo hallamos con vida.

—

Pues claro que lo hallaremos con vida. Si los secuestradores matan al señor Bowers

¿quién paga el rescate de Peggy?

—Caramba, eso es cierto. Está usted en todos los detalles, señor Dewey.

—

No olvides, sin embargo, que estamos hablando de un hipotético secuestro.

—

Y averá como, desgraciadamente, pronto dejará de ser hipotético y se convertirá

¿Qué otra cosa, sino, podían pretender esos tipos?

—Robar, por ejemplo.

Lasirvientasacudiólacabezanegativamente.

—ElseñorBowersnuncatieneunaexcesivacantidaddedineroencasa.

—LasjoyasdePeggy,talvez—

aventuróDewey.Neelyvolvióarechazarconlacabeza.

—AlaseñoritaBowersnolegustandemasiadolasjoyas,tienemuypocas.

Habían llegado al despacho de Ronald Bowers. La puerta estaba entornada. Dewey la empujó.

Inmediatamente descubrieron al escritor.

Yacía en el suelo, boca arriba, muy cerca de sumesa.

—¡Cielos!—gimió la sirvienta, apretando el brazo del periodista.

—
Calma, Neely. Al señor Bowers debieron dormirlo del mismo modo que durmió.

¿Noves que no tiene señales de golpes ni herida alguna?

Ambos se aproximaron al escritor.

Dewey lo gró para animarlo en menos de un minuto.

—Señor Bowers... Soy yo, Paul Dewey... ¿Cómo se siente?

—Bien, estoy bien—

dijo Ronald Bowers, llevándose un mano a la frente.

—¿Le ayudo a ponerse en pie?

—Sí, por favor.

—Apóyese en mí.

El escritor, con la ayuda del periodista, se levantó del suelo. La sirvienta inquirió:

—¿Le causaron algún daño esos individuos, señor Bowers?

—No, Neely, ninguno. ¿Yati?

—Tampoco.

—Menos mal.

—Se llevaron a la señorita Peggy, ¿verdad?

Ronald Bowers asintió con la cabeza, tristemente.

—Sí, Neely, se la llevaron.

—Dios mío...—musitó la sirvienta. Paul Dewey interrogó:

—¿Le dijeron cuánto...?

—
Cien mil dólares, la misma cantidad que pensaban pedir cuando intentaron secarlo.

—respondió el escritor.

—Desgraciadamente, en esta ocasión no estaba austado para impedirlo, y eso sin

—¿Por qué piensa austado que se trató de los mismos individuos?

—Todo coincide, ¿no?

Dos hombres, altos y corpulentos, armados con pistolas, que exigen la misma su-

—
A pesar de ello, yo no creo que se trató de los mismos tipos, señor Bowers.

—¿No?

—De haber sido así, ¿por qué iban a cubrirse los rostros con máscaras?

Peggy ya le había visto las caras...

Ronald Bowers encogió los hombros.

—
No lo sé, señor Dewey. De todos modos, poco importa que se trató de los mismos in-

Dewey observó que los ojos del escritor se humedecían.

—Y a ver cómo le suceden a mal a Peggy, señor Bowers.

—Seguro que no—

dijola sirvienta, paradaránimosa Ronald Bowers. Este informó:

—

Mañana me telefonarán, para indicarme dónde debo llevar el importe del

—¿Nova a decirselo a la policía?—preguntó Dewey.

—¡No!—exclamó inmediatamente el escritor

—. Fue lo primero que me advirtieron. Si la policía vigila mis pasos, y los secue-

—Así será, señor Bowers.

—Dios le oiga, señor Dewey.

Durante los siguientes quince segundos, ninguno de los tres habló. Fue el pe-

—¿Puedo servirle algo, señor Bowers?

Este sonrió débilmente.

—

Gracias, señor Dewey, pero no hay nada que pueda usted hacer. Sólo un poco de mantener en secreto el secuestro de Peggy.

—Descuide, no hablaré con nadie de ello.

—

Tendremos que aplazarla a la entrevista hasta que todo haya concluido...

—

No se preocupe por eso, señor Bowers. Peggy es lo único que importa ahora. Para

Ronald Bowers sonrió con agradecimiento.

—Es usted un buen muchacho, Paul. Dewey se sintió avergonzado.

Y arrepentido de los medios que había empleado para conseguir que el escrito-

Ronald Bowers era un buen hombre. Y su hija Peggy, una chica excelente.

Ninguno de los dos se merecía lo que él les había hecho. Estuvo tentado de decir-

Y no por temor a que darsen la entrevista.

Pensaba que no era el momento más oportuno para confesarle al escritor que

Peroselo confesaría más adelante. Se juró así mismo que lo haría.

Y si se quedaba sin entrevista, lo que era más que probable que sucediera, m-

—

¿Me telefonará usted a la redacción cuando Peggy esté en su nueva casa, se-

Bowers?—rogó.

—Lo haré, descuide.

—Gracias, señor Bowers. Dewey caminó hacia la puerta.

—Neely, acompaña al señor Dewey—indicó el escritor.

—Sí, señor Bowers—

dijola sirvienta, apresurándose a obedecer. Ya en el vestíbulo, cercadela por

Jamás pensé que el señor Bowers acabaría tomándole el precio a un periodista, y
Dewey se bozó una sonrisa.

—Buenas noches, Neely—dijo, y se dispuso a abrir la puerta.

—Señor Dewey...

El periodista se volvió.

—¿Sí, Neely?

La sirvienta, que se estaba mordiendo el labio inferior, dejó de hacer lo inq

—¿Puede hacerle una pregunta muy personal?

—Adelante.

—¿Le gusta usted la señorita Peggy?

—Caramba, sí que es personal...

—Usted me autorizó a hacérsela, ¿no?

Pues ahora está obligado a responder. Dewey sonrió.

—Sí, creo que Peggy me gusta, Neely.

—¡Oh, qué bien!

Dewey enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Por qué dices eso, Neely?

—Porque a la señorita Peggy también le gusta usted.

—¿Estás segura...?

—Yaloo creo.

—¿Te lo ha dicho ella?

—¡Por supuesto que no!

Per o ya la conozco bien, señor Dewey. Este volvió a sonreír.

—Gracias por la confianza, Neely.

—Denada.

Dewey salió de la casa, entró en su coche y lo puso en marcha.

Mientras circulaba por la carretera 58, se dijo que no podía quedarse con los brazos

Debía hacer algo por ayudarla.

Pero, para ello, antes tenía que saber dónde se bailaba la joven. Difícil, muy difícil.

Prácticamente imposible, puesto que los secuestradores no habían dejado la mi

Pensó por un momento en Alexy Rudy.

Y en la extraña coincidencia de que los dos hombres que se habían llevado a Peggy

Alexy Rudy andaban escasos de fondos.

¿No le habría impulsado ello a llevar a cabo, esta vez de verdad, el secuestro de la

de escritor?

Dewey rechazó aquella posibilidad. Alexy Rudy eran buenos chicos.

Los conocí y mucho tiempo, y jamás habían tenido problemas con la policía.

Claro, que por cien mil dólares... No, definitivamente no.

Ellos no serían capaces de una cosa así.

Dewey se estrujó el cerebro, tratandode encontrar el modo de dar con alguien más.

La única persona en todo Baltimore que quizá pudiera facilitársela, aunque real-

Fletcher tenía una habitación alquilada en una de las calles más apartadas del ac-

Minutos más tarde, Paul Dewey hacía sonar el timbre de la habitación de Rex Orejudo.

Se vio obligado a pulsar lo de nuevo, porque iban pasando los segundos y Fletcher

El resultado fue el mismo.

Rex Fletcher debía haber salido.

A Dewey se le ocurrió girar el pomo de la puerta. Sesorprendió bastante al ver la habitación estaba silenciosa y oscura, apenas rasgadas las sombras por la luz. Dewey entró en ella y, sin cerrar la puerta, tanteó la pared, tratandode hallar la llave. Lo encontró y lo accionó, pero debía estar averiado, porque la lámpara del techo

Dewey cerró la puerta y la oscuridad se hizo absoluta.

Se introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta, dispuesto a sacarsu encendedor. Justo en aquel momento, alguien se arrojó sobre él por la espalda, y un brazo de

Aquel brazo de acero comenzó a apretar.

Dewey afeó sus manos a aquella especie de vello que tan inespablemente se extendía por el brazo. Logró que la presión del músculo sobre el brazo cediera un poco, pero no consiguió

La posición del tipo que le había sorprendido por la espalda era mucho más ver

Y todo parecía indicar que no pretendía otra cosa.

Dewey, lógicamente, no estaba dispuesto a permitirlo.

Extendió el brazo derecho hacia adelante y a continuación lo disparó hacia

Estalanzó un brami y retiró rápidamente el brazo del gancho del periodista.

Dewey se revolvió como un centella.

Sus ojos, habituados a la oscuridad de la habitación, descubrieron un bulto. Por la forma del bulto, dedujo que el individuo debía estar encogido, oprimié

Dewey se dijo que no debía permitir que el sujeto permaneciera doblado en

garrote, por que eso era malo para la espalda.

Elevó bruscamente un rodillo, haciéndole supuso que se encontraría la carne que él necesitaba.
inequívocamente el fulano se había enderezado al recibir el rodillo.

Dewey dejó ir su puño derecho, que era el bueno. Se escuchó un chasquido.

«Diana», pensó el periodista, al tiempo que el bulto perdía su verticalidad y se inclinaba.
Dewey fue hacia el tipo, dispuesto a sacudirle de nuevo si éste se incorporaba. Pero el tipo no se movió.
Dewey supuso que el individuo había quedado inconsciente y se dirigió a la mesa.
La alcanzó y encendió la lámpara que descansaba sobre ella. Entonces pudo ver la cara del tipo.
Y las enormes orejas.

Dewey atrapó la jarra de cristal que había sobre la mesa, llenada de agua, y se apretó la cabeza.
Empezó a vaciar las orejas sueltas, poco a poco, desde un metro aproximadamente de altura.

Aquello hizo pronto efecto.

Rex Orejudo comenzó a toser y a escupir líquido. Dewey suspendió la ducha facial.
Mientras Fletcher se restregaba furiosamente los ojos, llenos de agua, y desgranaba la arena.
Esperó, sin decir nada, a que Rex Fletcher se aclarara los ojos y pudiera verle. Esto no tardó.
—¡Paul Dewey!...—exclamó el individuo, lleno de este perfume.

Era un tipo fornido, de cuello grueso, nariz aplastada, cejas muy espesas, cabello negro.
Dewey sonrió.

—¿Desde cuándo te dedicas a estrangular a las personas que vienen a saludarte, Fletcher?

—¿Por qué no me dijiste que eras tú, demonio?

—¿Acaso me diste tiempo?... Además, ¿cómo diablos iba a saber yo que eras tú quien se había arrojado sobre mí cuando yo estaba aquí?
Rex Fletcher rezongó algo pero se puso en pie, con alguna dificultad. Moviéndolos maxilares, se puso en pie.
congestión de dolor.

—Casimé has rotla quijada, Dewey—
masculló, tocándose la concudado

—Hansidos golpes realmente demoledores. Y si es el que me has dado en el hombro.

—gruñó, masajeándose la región del mismo—. Infiernos, qué arponazo.

—Losiento, Fletcher. Pero, teniendo en cuenta que tú pretendías estrangularme...

Y no pretendías estrangularte, hombre. Sólo dejarte medio desvanecido, para que yo pudiera verte.

pudierassacudirme. Bueno, atino, sino al tipo por el cual te tomé.
—¿De qué tipo hablas?
—De Tomel *Foca*.
—¿Quién es ese?—
inquirió Dewey, sonriendo, porque le había hecho gracia el apodo del fulano.

—
Un mal nacido que siempre anda con ganas de camorra, provocando a todo el mundo.
—¿Fred cómo?—le interrumpió Dewey, riendo.
—Fred el *Lenteja*. Le llaman así porque es un tipo muy menudo.
—Ya. Continúa, Fletcher.

—
Bien, como te decía, Fred el *Lenteja* y yo estábamos echando una partida, cuando
¿Sabes lo que le preguntó a Fred el *Lenteja*?
—No.
—¿Que se dormía en una cama o en una demisoreja.
—Demonios...
—Me volví furioso hacia él y le hundí el taco en el estómago.
—Bien hecho—aprobó Dewey.

—
Y cuando se dobló aullando, con la cara más arrugada que una pasa, empuñé el taco.
—Bien hecho también.
—Por tres veces.
—Hombre, tampoco hay que pasarse...
—Y no fueron más porque el taco se partió en dos.
—Menos mal, porque sino, deslomas al tipo.
—Tomel *Foca* se quedó en el suelo, quejándose lastimosamente.
—Con motivo.

—
Fred el *Lenteja* y yo nos largamos seguidamente. Como Tomes un tipo rencoroso,
—No lo creo, debe estar en el hospital.
Rex el *Oreja* domo vió la cabeza.

—
No, Dewey, Tomel *Foca* es una roca con piernas. Cuando oí sonar el timbre, pensé
—Sí, erayo.
Rex Fletcher sonrió por primera vez, mostrando unos dientes desiguales.
—Hacíatiempo que no nos veíamos, ¿eh, Dewey?
—Bastante.
—¿Qué es de tu vida?
—No puedo quejarme.
—Es o prueba que sigues soltero—
dijo Fletcher, y seguidamente soltó una carcajada. El periodo también.
—¿Cómo te va ati, Fletcher?

—
Más o menos, como siempre. Continúo moviéndome en un círculo porque como

—Poreso precisamente he venido a verte, porque conoces a casi toda la gente aquí que

hay en Baltimore.

—Puedes suprimir el casi.

Paul Dewey es un hombre que se parece a ti.

—

Tengo un grave problema, Fletcher. Y tú eres la única persona que puede ayudarme.

—Cuéntame, muchacho.

—¿Has oído hablar de Ronald Bowers, el escritor?

—

Naturalmente. Incluso he leído un par de obras tuyas. Es un tipo con talento, sí, se

—Tiene un hijo de unos veintitrés años.

—Una edad maravillosa. ¿Es bonita la chica?

—Sí, mucho. Pero en estos momentos debes sentirte muy desgraciada.

—

No me digas más. Sé por qué sufres, muchacha. Dewey sintió que el ritmo cardíaco

—¿De veras sabes...?

—

Pues claro que los sé. La chica se ha enamorado como un loco de ti, pero tú, que piensas

¿Verdad que se sienten desgraciados por eso, Dewey?

Estes tipos son serios.

—

Me están entrando ganas de sacudirtelo de nuevo, Fletcher. Rexel Orejudo subió la

—¿Qué pasa, no he acertado?

—

No, no has acertado. La muchacha debe sentirse desgraciada porque está misma

Fletcher se había quedado con la boca abierta. Dewey añadió:

—Es un joven que significa mucho para mí, Fletcher. Pero si quiero que me ayudes a

encontrarla, antes de que puedas sufrir algún daño irreparable. Sabes lo que me

¿verdad?

—Creo que sí.

—

De gente como ésta, puedes esperar setodo. Fletcher empezó a rascarse el ojo.

—Metemoqueno voy a poder ayudarte, Dewey.

—Sí puedes, Fletcher.

—¿Cómo, maldita sea?

Sí, los tipos se ven mascarados, no vas a poder describirme sus caras, únicamente

—Eran altos, corpulentos...

—

Conozco a docenas de tipos altos y corpulentos que serían capaces de secuestrar

—Talvez su forma de actuar te diga algo...

—

¿Su forma de actuar? ... Está bien, dame todos los detalles del secuestro. Dewey

Fletcher volvió a rasarse una oreja, esta vez la zurda.

—Demódo que utilizaron cloroformo, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué tipo de stand delicados.

—¿Te sirve de pista eso, Fletcher?

—

Bueno, al menos reduce considerablemente la lista de nombres de posibles auto

—¿Cuántos nombres quedan todavía en esa lista tuya, Fletcher?

—

Sí, la memoria no me falla, y no suele fallarme casi nunca, quedando diez. Todos ellos

—Todavía son muchos...

—

Notando, si tenemos en cuenta que seis de ellos forman dígrafos inseparables. Y

—Yano está difícil, Fletcher—comentó el periodista, más animado.

—Todavía voy a ponerle el más fácil, Dewey—sonrió Rexel Orejudo

—De esos cuatro nombres que nos quedan, podemos eliminar otros dos, puesto

—¡Fletcher!

¡Eso significa que ya sabes los nombres de los tipos que secuestraron al hijo de R

—Sí, Dewey—asintió Rex Fletcher

—Y ahora comprendo por qué Tomel *Foca* no ha venido todavía a desquitarse de

Paul Dewey abrió la boca.

—¿Estás seguro, Fletcher?...

—

Sí, Dewey. Tomel *Focay Harry el Sucio*, su compañero, fueron los que secuestraron. ¿sabes?

—¿Ah, no?

—Les faltaba el cerebro para eso.

—¿Para qué iban a bajar, Fletcher?

—

Para un tal George Fellows, este es quien planea cuidadosamente las fechorías. ¿entiendes?

Es un tipolista. Si alguna vez le saliesen las cosas mal a Tom y a Harry, serían éstos.

—En esta ocasión, el pato lo pagarán entre los tres—

aseguró el periodista. Rexel Orejudo cabeceó en sentido negativo.

—

Nadie podrá relacionar a George Fellows con el secuestro del hijo de Ronald Bo.

—Yo le haré cantar, sin necesidad de arrancarle las pielatiras.

—¿Tú?...—respingó Fletcher.

—Sí, yo.

—¡Dewey!

—¿Qué?

—¿Es que piensas atraparlos por tu cuenta...?

—Sí, eso es lo que voy a hacer.

—¡Estás loco!

—¿Por qué?

—¡Yate he dicho que Tomel *Foca* es un roca con piernas!

¡Y Harry el *Sucio*, otra! Dewey sonrió.

—No te preocupes, me llevaré una perforadora.

—¡Déjate de bromas, infiernos!

—

Dimedón de pue de encontrar a esa pareja de elefantes, Fletcher. Estenegó con la

—No te lo diré hasta que me prometas una cosa, Dewey.

—¿Qué?

—

Que cuando salgas de esta habitación, irás directamente a hablar con la policía y

—No puedo recurrir a la policía, Fletcher.

—¿Por qué no?

—

Le dimi palabrar a Ronald Lower de que no hablaría con nadie sobre el secuestro. Lo sucediese algo, yo me sentiría

responsable.No,Fletcher,nopuedodecirlesnada.Tengoquerescataralajoven

—
SóloconseguirásqueTomelFocayHarryelSucioyteconviertanenmermeladahu

—Sédefenderme,Fletcher,valohasvisto.

—Noeslomismopelearconmigoqueconesepardebestias.

—Llevarécuidado,notepreocupes.

—
Cuandoacabencontigoestaráscomoparaponerteentarros,yaloverás.

—
Anda,dimeleunavezdónde puedohallaraesosdosangelitos,Fletcher.

—No,notelodigo.

—Fletcher...

—
Malditasea...Está bien,siatinoteimportaquetemetanenunataúd,allátú.Tom

—¿Dóndeexactamente?RexFletcherseلودijo.

—¿Conocestambiénel domiciliodeGeorgeFellows?—
preguntóDewey.

—
Viveenel309delaavenidaEdmondson,enunlujosoapartamento.El32-G.

—Graciasporlainformación,Fletcher.

—Quieroquesepasquemiconoranotefaltará.

—Noseaslúgubre,demonios—sonrióelperiodista.

RexelOrejudotambiénonrió,aunquemáslevemente.

—Suerte,Dewey.

—Gracias,Fletcher.

—Ypaseloquepase,nomencionesminombreparanada.

—Descuida,nadiesabráquemehasinformadotú.

SeestrecharonlamanoyluegoPaulDeweyabandonólahabitación.

CuandoPeggyBowersabriólosojos,seencontrótenididadeespaldassobreunje

Inmediatamenterecordólosucedido.

Ellaestabaensudormitorio,arreglándose.

Doshombresenmascaradosirrupierondeprontoenélylaapuntaronconsusp

Unodeellosleaplicóunpañuelosobrelacara.Ellasedesvaneció.

Ysedespertabaahora,enaquellafríahabitación,degruesasyhúmedasparedes

Eljergóneraelúnicomueblequehabíaenella.

Deltecholgabaunalámparaqueproyectabaunaluzamarillenta,debidoasu

suciedad.

Peggy apartó la manta, llenó de agujeros, y se levantó del jergón.

Su vestido, de tirantes, largo hasta los pies, con una abertura frontal que le llegaba

Peggy sentía deseos de llorar. Y lo hizo.

Silenciosamente, como si tuviera miedo de que sus secuestradores pudieran escucharlo.

Pensó en su padre; en Neely, la sirvienta; en Paul Dewey, el apuesto periodista de *Correode Baltimore*.

También en lo que estaría pasando un mal rato. Especialmente, su padre.

Nótese que él entregó a la suma que los secuestradores le exigiesen, pero delo

que ya no estaba tan segura es de que éstos la dejaran en libertad cuando recibiese

Quizá entonces exigiesen una nueva suma.

Esto sólo sucederá en algunos casos de secuestro.

Y también que, una vez exprimido al máximo el bolsillo del familiar o familiares

Este último pensamiento hizo que Peggy sintiera un escalofrío y se le erizaron los

Con paso vacilante, se aproximó a la pesada puerta. Trató de abrirla.

Nótese que el cerrojo estaba echado.

El lógico que lo estuviera.

Peggy regresó al jergón y dejó caer en él. Transcurrieron unos minutos.

De pronto, escuchó pasos. Alguien se acercaba.

Los pasos cesaron.

Seguidamente, escuchó el característico ruido que producía un cerrojo al

Un tipo entró en la habitación.

Alto, corpulento, con el rostro cubierto por una escalofriante máscara que sólo

El individuo cerró la puerta y caminó hacia la joven.

Peggy quiso levantarse, pero ni uno solo de los músculos de su cuerpo

El tipo se detuvo ante ella.

—¿Ya te has despertado, guapa?

Peggy, haciendo un esfuerzo, consiguió que la voz brotara de su garganta, a

débilmente, y preguntó:

—¿Quiénes usted, el delaverruga o el otro?

El desconcierto se reflejó en la mirada del sujeto.

—¿De qué hablas, muchacha?

—¿Por qué no se quita la máscara?

—¿Estás loca?

—Eso horrible, me pone los pelos de punta.

—Si me la quitara, me vería la cara, y eso sería fatal para ti.

—¿Por qué? ¿Acaso no se la vieste mañana?

—¿Amí?...

—A usted y a su compañero ¿o se queyan o lo recuerda?

El tipo soltó una serie de rápidos parpadeos.

—Oye, ¿estás segura de haber te despertado de todo?

—Sí, estoy bien despierta.

—Pues no dices más que disparates.

—

Usted debe ser Rudy, el delaverruga en la nariz, porque el otro, Alex, tiene la cabeza

El individuo apretó los dientes y masculló:

—Yonome llamo Rudy, nena, y no tengo ninguna verruga en la nariz.

—¿Es que se le ha caído...?

—¡Yonohetenido nunca verrugas!

—

Oiga, no se altere... Si usted dice que nos llama Rudy, y que no tiene ninguna verruga

¿Cómo quiere que le llame?

—Cristóbal Colón.

Si la situación hubiese sido otra, Peggy se habría echado a reíracarajadas, pero

—Dígame una cosa, señor Colón. ¿Cuándo van a dejarme en libertad?

—Encuanto tú pades en los cuernos cien mil dólares.

—¿Y cuándo se irá eso?

—Mañana por la noche.

—

¿Y hasta entonces voy a tener que permanecer en esta inmundicia habitación?

—

Queríamos llevarle al Royal Hotel, pero no quedaban habitaciones libres

—repuso irónicamente el tipo.

—Muy gracioso.

—Más tarde te traeremos algo de comer.

—Ahórrense la molestia, no quieren nada—

dijo Peggy, cruzando las piernas. Lo hizo deliberadamente, para mostrar las

Tenía un plan y lo estaba llevando a la práctica. ¿Daría resultado?

Pedía a Dios que así fuera.

El tipo había bajado la mirada, posándola en los perfectos miembros inferiores

Sus pupilas adquirían un brillo inconfundible. Volvió a mirarla a los ojos.

—¿Sabesqueestásestupenda,nena?Peggynorespondió.

Perotampocohizonadaporcubrirsemáslaspiernas.

Eltiposesentóeneljergón,alladodelajoven,casipegadoaella.Observó,compl

Lepusounamanosobrelarodilladerecha.

—Retireesazarpa,señorColón—ordenóPeggy.

—¿Notegustaqueteacaricien?

—Lascaricias,paralosgatos.

—Yparalaschicasbonitas.

—Yosoyunachicafea.

—Nodigastonterías.Eresunapreciosidad.

—Tengolacarallenadepecas.

—¿Pecas?...Yonoteveoninguna...

—Entoncesleaconsejoquevayaaloculista.

—

Notengoproblemasenlavista,nena.Noveopecasentucaraporquenolastienes

—

Oiga,siloquequiereesdarmeunpardebesos,démelosprontoylárguese,señor Colón.

Elindividuonosehizoderogar.Abrazóalajovenybuscósuslabios.

Peggy,haciendodetripascorazón,permitióquelabocadeltipo,quedespedíau

Mientraselindividuolabesaba,Peggydeslizósumanohacialapistolera.Susde

Empezóasacarlapistoladelafunda,congrancuidado.

Elsujeto,enfrascadoenelbeso,noparecíadarsecuentadelhecho.Peggylogróh

Entonces,susmenudosdientescazaronellabioinferiordeltipoyseclavaron

Elindividuolasoltóinmediatamenteyapartólacara.

—¡Mehasmordido!—

barbotó,tocándoseellabio,quesangrabaligeramente.

Peggy saltó del jergón y retrocedió unos pasos, apuntando al sujeto con la pi

—¡Nosemuevadedondeestáodisparo!

Losojosdeltipoemitieronuncentelleo.

—Poresomeincitaste,¿eh?—masculló

—.Parahacerteconlapistola.

—

Sí,nopretendíaotracoa.Quédeseahúnbuenrato.Siseasomaporesapuerta,le

Elindividuo,desoyendolasamenazasdelamuchacha,selevantódeljergón

—¡Quietohedicho!—ordenóPeggy.Eltiposonrióburlonamente.

Ycaminólentamentehaciaella.

—¡Oiga,nomeobligueamatarle!—gritóPeggy.

—Túnoerescapazdematarniunamosca.

—¡Lejuroquesí!—dijo la joven, retrocediendo—,
¡No quisiera tener que demostrarlo!

—Vamos, primor, dispara...

Peggynopudoretrocedermás, porquesuespaldahabíatocadolapared. Es

El tipo continuaba acercándose.

Cuando estuvo a un metro escaso de ella, Peggy cerró los ojos y presionó el sari.

Este, sin embargo, no cedió.

Peggy abrió los ojos bruscamente y volvió a presionar el gatillo, con más fuerza.

Tampoco cedió esta vez.

El individuo empezó a reír.

Estiró el brazo y le arrebató el arma.

—
La próxima vez que quieras disparar contra alguien con una pistola, asegúrate

—
dijo, guardándose la en el bolsillo derecho del pantalón. Después, hizo saber

—: Ahora, preciosa, vamos a continuar con lo de antes. Y como se te ocurra morder

Peggy Bowers vio que el tipo alargaba los brazos hacia ella y se sintió desfallecer de

terror.

Harry el *Sucio* atrapó la botella de whisky que había sobre la mesa y se la selló en el vaso. Estaba en mangas de camisa, como Tom el *Foca*, su compañero, y al igual que éste, llevaba una funda sobre la que bajó la axila izquierda, con su correspondiente tapón. Harry, en cambio, no llevaba el rostro cubierto. Sumáscaras de escamas sobre una silla, donde poco antes estaba también la de Tom. Harry consultó su reloj. Soltó un gruñido al comprobar que su compañero y al llevarlo a casa en quince minutos. Demasiados. Empezó a sospechar que Tom estaría tratando de obtener algo de la muchacha. Y conocía bien a Tom el *Foca*. Harry el *Sucio* soltó otro gruñido. No estaba molesto por lo que Tom podía estar haciendo con la chica, porque eso le daba trabajo. La barra estaba sobre la mesa, esperando. Harry se dijo que ya estaba bien de esperar, así que se levantó de la silla, dispuso.

Si Tom quería divertirse con la rubia, que lo hiciera más tarde, después de la partida.

Cogió sumáscara. Cuando iba a ponerla, algo golpeó con la puerta del caserón, aunque no con fuerza. Como si alguien hubiese lanzado una pequeña piedra contra ella. Harry el *Sucio* dejó de nuevo la máscara sobre la silla, echó mano de su pistola y.

A continuación, caminó hacia la puerta.

La abrió. Se levantó una gran sorpresa al ver que los faros del coche que utilizaban él y Tom el «Ford» negro, estaban encendidos. Harry, con el entrecejo fruncido, salió del caserón y dio una ojeada. Sin embargo, con precaución, se aproximó al coche. Tampoco habían nadie en su interior. Harry abrió la portezuela, entró en el coche y apagó los faros. Al salir de él, al-

Le estoy apuntando con una «Luger», amigo. Atrévase si quiere a pestañear, y le-

HarryelSucio sintió un ramalazo de frío en la espalda. Y notó que se le quedaba Y que le temblaban ligeramente las rodillas.
Aquello de que se movía lo más mínimo, le dejarían la espalda como para con-
Decidió quedar setan quieto como una estatua.
Paul Dewey, el hombre que había encendido los faros del «Ford» de los secuestradores.

—
Dejé las pistolas sobre el coche. Pero sin realizar ningún movimiento sospechoso. El tipo o le volvió el brazo lentamente y depositó su arma sobre el techodel «Ford».
—Muy bien—dijo el periodista
—Ahora, aváncetres pasos. HarryelSucio obedeció.
Dewey se acercó al coche de los secuestradores de Peggy Bowers y se apoderó del
También era una «Luger».
Pero de verdad, no comola que empuñaba el periodista de *El Correo de Baltimore*.
Dewey se guardó en el bolsillo de la chaqueta la pistola de juguete y continuó.
—Camíne hacia la casa—ordenó al tipo.
HarryelSucio se puso en movimiento, seguido muy de cerca por Dewey. Entraron
Dewey cerró la puerta.
—Vuélvase, amigo—indicó. El individuo se dio la vuelta.
Dewey, consoló una breveojeada, adivinó:
—Tú eres HarryelSucio, ¿verdad? Estenodesepegó los labios.
—Sí, tienes que serlo—continuó el periodista
—Senota en seguida que tupeorenemigo es la gata. Las orejas, porejemplo, del
El tipo apretó las mandíbulas con rabia, pero no respondió.
—¿Dónde está TomelFoca?—interrogó Dewey.
—Abajo, en el sótano.
—¿Se bajaporaquella puerta que se ve allí?
—Sí.
—¿Es ahí donde tenéis alahijade Ronald Bowers?
HarryelSucio entre cerró los ojos, sorprendido.
—¿Cómo diablossabestúque...?
—Eso no te importa, Harry. Vamos, responde a mi pregunta.
¿Tenéis alamuchacha en el sótano?
—Sí.

—Nolehabréiscausadoningúndaño,¿verdad?Eltipovaciló.

—¿Tehasquedadomudodepronto,Harry?

—

Yonohetocadoalachica,loJuro.Deweyatirantólosmúsculosfaciales.

—¿EsoquieredecirqueTomelFoca...?

—

Nolosé.Peroyallevaunosveinteminutosconella.Dewey,roncamente,or

—Datelavuelta,Harry.

Enelrostrodeltiposereflejóeltemor.

—¿Quévasahacerconmigo?—murmuró.

—¡Obedece!

HarryelSuciosepusodeespaldasalperiodista.PaulDeweyavanzóunpasoyl

Eltipoemitióunextrañosonidogutural,ysederrumbócomounsacodepat

Laabrió.

Vioantesúnaescalerade piedra,muydeteriorada.Descendiórápidamente

Peroallínohabíanadie.

Alfondodelmismoseveíaunapuerta.

Enaquelmomentoseescuchóungritoangustioso.Llegóatravésdeaquella

—¡Peggy!—

exclamóahogadamenteDewey,reconociendolavozdelamuchacha.Una

Nuncahabíamatadoanadie,perosiTomelFocahabíacometidoalgunacanalladacon

lamuchacha,altipolequedabanescasossegundosdevida.

Deweyalcanzólapuerta,laabrióviolentamenteeirrumpióenlahabitació

Estabanlosdosensuelo,élsobreella.

Lateniabiensujetaylaestababesandoenelcuello.

ElruídoproducidoporlapesadapuertaalabrirsehizoqueTomelFocadejarac

Alverqueuntipoaquiennohabíavistojamásleestabaapuntandoconunapis

PeggyBowerstambiénmiróhaciaallí.

—¡Paul!—

gritó,tansorprendidacomoelpropioindividuoquela tenía inmovilizadaenels

Dewey,conlosmaxilaresapretados,ordenóaltipo:

—Sueltaalamuchachayponteempie.¡Rápido!

TomelFocaobedeció.

Peggyselevantódelosueloselanzósobreelpechodelperiodista,llorando

—¡Paul,Paul!

Deweylaestrechócontrasíconelbrazoizquierdo.

—¿Se encuentrabien, Peggy?—
inquirió, sin dejar de apuntar a Tom el *Foca*.
—¡Sí, pero muerta de miedo!
—Tranquílcese, yase acabó la pesadilla.
—Esecanallá pretendía...

—
Nopiense más en eso. Ni él ni su compañero podrán causarle ya el menor daño.

—¿También tiene a Alex, Paul?

—¿Alex?...

—Sí, el delacara alargada. Este es Rudy, el delaverruga en la nariz—
dijo la joven, volviendola cabeza hacia el individuo enmascarado.

—No, Peggy, éstos son otros—informó Dewey.

—¿Otros?...

—
El tipo que he dejado arriba, inconsciente de un golpe, se llama Harry el *Sucio*. Yé.

—Y o creí que...

—Aquellostipos no han tenido nada que ver en este secuestro.

—Dios mío...—murmuró la joven

—.Entonces, he sido el objetivo de dos parejas de secuestradores distintas...

¡Y en un mismo día!

—No, Peggy, no ha sido así.

El la volvió a mirarle, con extrañeza.

—¿No...?

—Luego se lo explicaré todo.

Peggy no hizo más preguntas, aunque estaba deseando hacerlas. Dewey ordenó:

—Quítate la máscara, compadre. El tipo se la quitó.

—Diablos, ahora comprendo por qué te llaman el *Foca*—sonrió Dewey.

—¿Qué fue eso...—murmuró Peggy.

—
Sus padres debieron pasarsulunademiela a alguna región polar, y el hijito les salvó.
El rostro de Tom el *Foca* se congestionó de cólera. Con voz ronca, masculló:

—Guarda la pistola y repíteme lo que has dicho.

—No te caerás a breva, Tom.

—Te desharía la cara a puñetazos.

—O te la desharía yo o ti, es lo que se sabe.

—Puedes saberse, si tú quieres.

—Otro día, Tom, que hoy llevo puesto mi mejor traje.

—Lo que pasa es que te faltan agallas para pelear conmigo.

—
Pensaba arrojar te un par de sardinas, para que las engulleras al vuelo, pero te has
Tom el *Foca* apretó furiosamente los puños, y su feo rostro se congestionó más.

—¿Dónde está tu pistola, Tom?

—Latíene en el bolsillo derecho del pantalón—informó Peggy.

—Ahí está bien—dijo Dewey—. Vamos, date la vuelta, Tom.

—¿Para qué?

—Eso no te importa.

Tom *el Foca* no tuvo más remedio que obedecer.

Dewey se acercó a él y le cascó con la «Luger» en la testa, como a Harry *el Sucio*.

El tipo se desplomó en el acto.

—¿Qué le parece este tipo de cloroformo, Peggy?—sonrió el periodista.

—Muy efectivo, Paul.

Dewey se hizo con la pistola de Tom *el Foca*, una «Magnum», y se la guardó en el bolsillo.

—Vamos, Peggy—dijo, cogiendo alajo del brazo.

Salieron de aquella fría habitación, cruzaron el sótano y ascendieron por la vieja

Unavez arriba, Dewey se guardó la «Luger» en el bolsillo interior de la chaqueta,

—Voy a llevarlo con el otro y lo encerraré a los dos en la habitación. Vuelvo en seguida,

Peggy.

Se dirigió a la escalera y descendió por ella.

Poco después, dejaba a Harry *el Sucio* junto a Tom *el Foca*.

Salió de la habitación, cerró la puerta y corrió al grueso cerrojo.

Los tipos no podrían salir de allí, aunque despertasen antes de que él volviera.

Dewey pensó que debía llevar a Peggy con su padre y regresar después al caso, para ver

Fellows se pasaría también una buena temporada, a la sombra.

Dewey volvió con Peggy.

Se quedó clavado, porque la muchacha no estaba sola.

Untipoalto, concuerpodeatleta, bienvestido, defaccionesalargadasypelocofrisabaenlostreintaycincoañosedead.

Enlamanodiestrasosteníaun«Smith&Wesson», cuyocañónrozabalasiendoElrostrodePeggyestabafaltodecolor, ysuslabiostemblaban.

—Paul...—musitó, conunhilodevoz. Eltipoeleganteindicó:

—Acérquesealamesaydejesobreellalasarmasdemismmuchachos.

—UstedesGeorgeFellows, ¿verdad?—

adivinóDewey, sinmoversededondeestaba.

—Elmismo—asintióeldistinguidosujeto.

—

EltipoqueplanealasfechoríasquellevanacaboTomelFocayHarryelSucio.

—Asíes.

—Laratamásgorda.

LosojosdeGeorgeFellowsemitieronunchispeo, ylosmúsculosdesurostrosem

—Noestáustedencondicionesdeinsultar, Dewey.

—¿Cómosabeminombre?

—

Semeocurrióveniracharlarunpococonlosmuchachos. Descubríun«Chevrolet

—Entiendo.

—Tambiénséqueesustedperiodista.

—Sí.

—

¿CómohalogradoaveriguarquefueronTomyHarryquienesllevaronacaboels

¿Ycómosupoquelatrajeronaestecaserón?

—Tengounaboladecristal.

—Yonocreoenboladecristal.

—Hacebien.

—¿Notienemiedo?

—

¿Dequién, deusted?... Enabsoluto. TomelFocayHarryelSuciosonmuchomásfe

GeorgeFellowssonrió, mostrandounosdientessanos, correctamentealineado

—Untipoconsentidodelhumor, ¿eh?

—Loheredéde miabuelo. Sepasabaeldíacantandochistes, ¿sabe?

—Ustedyanovaapodercontarmuchos, Dewey.

—¿Porqué?

—¿Deverasnosolosabe?

—

Metemoquesí, Fellows. Ustedhadecididoqueyondebocontinuaentrelosviv

—Premio.

—
¿Meliquidaráusted personalmente de dejaráquelohagan las dos ratas más pequeñas?

—Prefiero que le despachen ellos.

—Ya.

—Pero antes, le «trabajarán» un poco.

—¿Ah, sí?

—Tengo que saber cómo diablos lo averiguó todo.

—Con mi bola de cristal, y así le dije.

—Tomy Harry le harán hablar, Dewey.

—Permítame que le dude, Fellows.

—Dice eso por que no los conoce bien.

—Nigunas.

George Fellows volvió a ordenar:

—
Deje las armas sobre la mesa, Dewey. Pero hágalo con mucho cuidado, o le volará la cabeza. A Peggy se le escapó un débil gemido.

Dewey se aproximó a la mesa, dispuesto a obedecer. No podía hacer otra cosa, dada la situación.

Y confiaba en poder jugarlo en el momento oportuno.

Dewey se metió la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, extraíó una «Magnum».

De Tomel *Focay* le depositó sobre la mesa. Después hizo lo propio con la «Luger» de

Laotra, la de verdad, continuó ocultando en el bolsillo interior de su chaqueta. Ese era

George Fellows se hallaba a un buen trecho de la mesa, y desde su posición, no era

probable que se diera cuenta de que la «Luger» que había junto a la «Magnum» era

—Muy bien, Dewey—

sonrió Fellows, quien, en efecto, no se había percatado de que la

«Luger» no era de verdad. Sin embargo, echó por tierra las esperanzas del periodo

—:Ahora, deje sobre la mesa la suya.

—¿Lamía?... ¿A qué se refiere?

—

Vamos, Dewey, no se haga el tonto. Demasiado sabe que me refiero a su pistola.

—Y no tengo pistola.

George Fellows se echó a reír.

—

¿Pretende hacerme creer que vino a rescatar a la muchacha sin arma alguna...?

—Eslaverdad.

—¿Metomaporidiota, Dewey?

—Sí, se empeña, no me será difícil... Las pupilas de Fellows destellaron.

—Y le dije antes que no está en condiciones de insultar, Dewey.

—Sí, lo recuerdo.

—Saquelapistolade una vez.

—Lerepito que no llevo.

GeorgeFellowsexhibióunasonrisaburlona.

—¿Yesoqueabultaenlaparteizquierdadesuchaqueta?

—Eslacartera.

—Quelallevarepletadebilletes.

—Sí,esquehoycobrélapagaextradeNavidad,enbilletespequeños.

—AúntaitamuchoparaNavidad.

—

Estaeslaextradelaño pasado,quetodavíaameladebían.Enmiperiódiconoanda

—Esustedunmalditoembustero,Dewey.

—Leestoydiciendolaverdad,créame.

GeorgeFellowssarqueóelíndicesobreelgatillo dela«Smith&Wesson».

—

Tienecincosegundosparadejarsupistolajuntoalasotras,Dewey.Sinolohace,

—¡Paul!—

suplicóPeggy,aterrorizada.Deweydiounsuspiroderesignación.

—Está bien,Fellows,usted gana—

dijo,sacandola«Luger»deHarryelSucio.

Ladepositósobrelamesa.

GeorgeFellowssarrugóelceñoalverelarma.

—¿Una«Luger»?

—Esoparece.

—Demasiadapistolaparaunsimpleperiodista,¿no?

—Noesmía,melaprestaron.

—¿Quiénselaprestó?

—Uncuñadomío,queesagentesecreto.Fellowsrió.

—Esohatenidogracia,Dewey.

—Simpáticoqueesuno.

—Bien,seacabólacharla.

—

Quélástima.Ahoraqueempezabayootomarlegustoalaconversación...

—Echeaandarhaciaelsótano.

—Usted manda,Fellows—suspiróelperiodista.

Caminóhacialapuertayempezóadescenderporlaescalerade piedra.

GeorgeFellowsslesegúaaprudentedistancia,llevandoaPeggyBowers,alaque

Deweysedetuvodelantedelapuertadela habitacióndondesehallabanTomel

HarryelSucio.

—Abra,Dewey—indicóFellows.

PaulDeweydescorrióelcerrojoyempujólapuerta.TomyHarrycontinuabaner

—Sáquelosdela habitación.

—¿Yosolo?

—Ustedsolo.

—¿Porqué nomee cha un amano, Fellows? Los tipos pesan losuyo...

—Usted parece un tipo fuerte.

—Es que me duele un poco la espalda.

—Obedezca, Dewey.

El periodista entró en la habitación, agarró a Tom el *Foca* por los sobacos y lo arrastró.

Después hizo lo mismo con Harry el *Sucio*.

George Fellows indicó:

—Entre en el nuevo en la habitación, Dewey, y siéntese en el jergón.

—¿Y ella?—

quiso saber el periodista, mirando al hijado de Roland Bowers, que seguía teniendo

—Entrará a continuación, no se preocupe.

Dewey entró en la habitación, se aproximó al jergón y se dejó caer en él. Fellows

Después, cerró la puerta y corrió el cerrojo, dejándolos solos.

Peggy Bowers corrió hacia Paul Dewey.

El periodista se levantó y permitió que la aterrada muchacha se echara encima.

—¡Paul!

—Cálmese, Peggy.

—¡Hasido horrible, Paul! ¡Pensé que ese hombre iba a matarme!

— Es a mí a quien quieren liquidar. A usted le necesitan viva, para no perder los cien-

El le miró, con los ojos llorosos.

—¿Y qué pasaría cuando usted tenga el poder, Paul?

Dewey suponía lo que iba a pasar, pero prefirió no decirselo.

—Le dejarán en libertad.

— No, Paul, usted sabe tan bien como yo que no puede dejarme en libertad. Les he-

—Peggy...

— No me importa, Paul, que eso no va a servir de nada. Dewey lanzó un suspiro.

— Tiene usted razón, Peggy, denada va a servir que yo le mienta. Ese canalla de Felt-

—Le golpeará duro, Paul...

—Resistirá los golpes, no se preocupe.

— Si con los golpes no lo logran, emplearán otros medios, y le harán sufrir horrib-

— El saber que si hablara le costaría la vida, ya usted la suya, medará fuerzas para so-

La joven le miró tiernamente a los ojos durante unos segundos.

—Cada vez le admiro más, Paul.

— Cuando haya oído lo que voy a decirle, me admirará usted un poco menos. Tal vez.

El se sorprendió.

—Paul...—murmuró.

Dewey lo tomó por los hombros y lo obligó a sentarse en el jergón. El se sentó.

—Hice algo muy poco digno, Peggy.

—¿Usted...? No puedo creerlo, Paul.

— Pues créalo, porque es cierto. Rudy, el tipo de la verruga en el tabique nasal,

—¿No...?—pestañeó ella.

— No, Peggy. Todo fue una farsa, que ellos representaron admirablemente po-

—¡Paul!...¿Está tratando de decirme que usted...?

Deweyasintióconunaleveinclinacióndecabeza.

—Sí,Peggy.Yoloscontraté.

—¿Porqué?

—

Paraconseguirquesupadre,enpruebadegradecimientoporhaberimpedido

¿Noleparecevergonzoso?

Lajovennodijonada.

—

Vamos,insúlteme,Peggy.Ydemeunpardebofetadas.Melomerezco.Ellacont

—

Porfavor,Peggy,susilencioespeorquelosinsultosylasbofetadas.Sinodiceoha

Lamuchachasedecidióporfinahablar.

—Esostipos,RudyyAlex...,¿sonmalhechoresdeverdad?

—No,quéva.Sondostrozosdepan,aunquetenganpintadebrutos.

—¿Ydedóndesacaronlas pistolas?

—Lascompréyoenunbazardejuguetes.

—¡Oh!

—

Unadeellaslatengoenlaguanteradelcoche.Laotraestáarriba,sobrelamesa,ju

PeggyBowersagrandómucholosojos.

—

¿Deverasseatrevióustedaamenazaraltipoconunapistoladejuguete...?

—Nodisponíadeotra,Peggy.

—Siélllegaahacerlefrenteconlasuya...

—Mehubiesedejadoseco.Sobrevinounsilencio.

—Dígameunacosa,Paul.¿Porquélohizo?

—¿Elqué?

—Jugarselavidadeesemodo.

Deweyencogióligeramenteloshombros.

—

Teníaquehacerlo,Peggy.Ustednecesitabaayuda,ysóloyopodíaprestársela,p

—Sí,fueunapenaquellegaseFellowsymesorprendiese.Deweylamiró.

—¿Meperdonausted,Peggy?Ellasonriósuavemente.

—

¿Cómonovoyaperdonarle,despuésdehaberarriesgadosuvidapormí?

Nosería

justo, Paul.

—Gracias, Peggy.

Lajoven desparramó unamirada por la habitación.

—¿No se le ocurre nada para intentar salir de aquí, Paul?

—
Metemoqueno, Peggy. No hay más salida que la puerta, pero estando el cerrojo

—¿Hemos de resignarnos, pues, amorir?

—
Mientras hay vida hay esperanza, Peggy. Si a algún de los tipos tiene un descuido.
Volvieron a mirarse, en silencio.

De pronto, Dewey tomó por la cintura al joven y la besó en los labios, sin hallar
Cuando el periodista se separó subocadeladelamuchacha, ella murmuró:

—¿Qué ha hecho, Paul?

—
Darle un beso, antes de que los tipos vuelvan y me destrocen la boca a puñetazos.

—¿Por qué me has besado?

—Porque lo deseaba. Y me gustaría darte otro, si no le importa.

—Antes de me una explicación.

—¿Explicación?...

—
No es suficiente que usted diga que desea besarme para que yo consienta que lo haga.
¿No le parece?

Tengo que saber a qué obedeces ese deseo. Si es sólo físico, bésele usted al codo.

Dewey sonrió.

—Hay algo más, Peggy.

—Pues dígalo.

—No es el momento.

—Dígalos de todas formas.

—No, Peggy. Hablaremos de ellos cuando consigamos salir con bien de esto.

—Eso último me parece una utopía.

—
Tal vez lo sea. Pero yo no pierdo todavía la esperanza. Y me gustaría que tampoco.
Lajoven no dijo nada.

Dewey, que no había soltado en ningún momento la cintura de la mujer, preguntó:

—
¿Puede darle ese segundo beso, a pesar de que no hay habido explicación?.

—Consentiré si me promete usted que la habrá... si salimos de ésta.

—Seloprometo, Peggy. No hablaron más.

Dewey volvió a unir suboca alade ella.

Peggy le pasó los brazos por el cuello y le devolvió el beso.

George Fellows consiguió al fin que Tom el Foca y Harry el Sucio se recuperasen.

—Arriba, estúpidos—ordenó, ceñudamente.

Los tipos se apresuraron a obedecer, con las sombras reflejadas en sus caras.

—Señor Fellows...—murmuró Tom.

—¿Usted aquí?—dijo Harry.

—

Sí, yo aquí, parejademequetrefes. Y gracias a que se me ocurrió venir a ver cómo lo

—¿Qué ha pasado con la chica y con el tipo?—inquirió Tom.

—

Están ahí dentro, encerrados. Les sorprenderé cuando se disponían a abandonarla

—Menos mal—dijo Harry el Sucio, respirando aliviado.

—Si le gana escapar...—rezongó Tom el Foca.

George Fellows informó:

—

El tipo se llama Paul Dewey, yes periodista. Tenemos que averiguar cómo se ent

—Descuide, señor Fellows—

dijo Tom, tocándose el chichón que tenía en la parte posterior de la cabeza

—Selos sacaremos a golpes.

—Tenemos ganas de sacudirle de firme—

añadió Harry, que también lucía una hermosa protuberancia craneal.

—Pero hacedlo con cuidado—indicó Fellows

—No quiero que se vaya a otro mundo sin habernos dicho cómo lo supotodo.

—¿Y cuando hayahablado...?—inquirió el Foca.

—Acabaremos con él y con la chica—respondió Fellows

—Tampoco a ella podemos dejarla en libertad, puesto que ahora sabe quiénes

—Entendido, señor Fellows—

dijo el Sucio, vestrelló una salivazo en la pared del sótano.

—Arriba, sobre la mesa, están vuestras armas y la del periodista—indicó George

Fellows—. Id por ellas.

—¿Para qué las necesitamos ahora?—preguntó Tom.

—Teniendo usted la suya...—añadió Harry.

—Ese Dewey parece un tipo listo—dijo Fellows

—. Si ve que sólo voy armado, podría intentar arrebatarle la pistola, y me ver

—Comprendido, señor Fellows—dijo Tom el Foca—. Vamos por nuestras armas, Harry.

Ambos echaron a andar hacia la escalera de piedra. Poco después estaban

Tom llevaba su «Magnum» en la funda sobaquera, y Harry, su «Luger». Este

Sonriendo, recordó:

—¿No dijiste que Dewey parecía un tipo listo, señor Fellows?

—Sí—

asintió éste—. Y me consta que lo es. Tom, que también sonreía, dijo:

—

Pues ha demostrado ser bastante tonto, al atreverse a venir aquí armado simple

—¿Qué...?—parpadeo George Fellows, incrédulo.
—Compruébelo usted mismo, señor Fellows—
dijo Harry, entregándole la pistola del periodista
—. Esta «Luger» no es de verdad.
—¡Escierto!... ¡Ese Dewey está chiflado!
—¿Vamos con ella, señor Fellows?—sugirió el Foca.
—Sí, muchachos—
respondió George Fellows, arrojando la falsa «Luger» a uno de los rincones del salón.
—: Abre la puerta, Harry.
Estese aproximó a ella, descorrió el cerrojo y empujó la puerta con el pie.
Paul Dewey y Peggy Bowers, que seguían sentados en el jergón, se pusieron a reír.
Luego lo hizo George Fellows, quien cerró la puerta y se situó en uno de los ángulos.
Sonriendo, anunció:
—Ha llegado el momento, Dewey.
—¿De qué?—preguntó éste, aunque conocía la respuesta.
—De que nos digas cómo te enteraste de todo.
—Eso no te lo sabréis, Fellows.
—Y averemos. Adelante, muchachos.
Tom el Foca y Harry el Sucio avanzaron lentamente hacia el periodista.
—Paul...—gimió Peggy, cogiéndose al brazo de él.
—Usted no se mueva aquí, Peggy. Pase lo que pase.
Dewey se soltó de ella y salió al encuentro de la pareja de energúmenos.
—Te vamos a machacar, Dewey—masculló Tom.
—
Acabas de perder otra parda de sardinas, Foca, por tener tan malas intenciones
—
repuso el periodista.
Tom el Foca endureció los músculos del rostro.
—Vamos a convertirte en un despojo—masculló Harry.
—
Tú a callar, Sucio, o te regalaré una bañera y no tendrás más remedio que bañarte.
—¡Primera salto!—
exclamó George Fellows, sonriendo. Un segundo después, Harry lanzaba su
Dewey a parte de la cabeza a tiempo y el puño del tipo sólo lo rozó la oreja.
Rápidamente respondió con un mazazo al plexo.
Harry el Sucio abrió la boca exageradamente, porque, de pronto, algo había obstruido
Eran los efectos de aquella especie de coque de dinosaurio que acababa de recibir en la
Dewey, sin esperar a ver cómo se amorraba el rostro del individuo, le largó un
formidable zurdazo al maxilar inferior. Harry el Sucio cerró la boca de golpe. Des
Chilló como un arata entre las garras de un gato, porque casi se la partió con los dientes.
Paul Dewey, que había puesto toda su atención en Harry el Sucio, no pudo esquivar.

menos totalmente, el potente derecho que le envió Tom el Foca.

El periodista salió despedido hacia atrás y chocó contra la pared. Estuvo a punto

Tom fue hacia él, con los puños cerrados.

—Mípróximogolpete a stillar á la mandíbula, Dewey.

—Y a ser á menos, Foca—

repuso Paul, quedándose donde estaba. El tipo impulsó su puño derecho.

Dewey movió la cabeza en el instante justo, y los nudillos del sujeto se estrellaron

El ruido que lanzó Tom el Foca resultó ensordecedor.

Dewey le hundió la diestra en el hígado, y cuando el tipo se dobló, le colocó el otro

Tom el Foca se fue al suelo.

En él continuaba todavía Harry el Sucio, sangrando por la boca. Peggy Bowers se

—¡Bravo, Paul! ¡Eso es pelear, y lo demáson cuentos chinos!

—Gracias, Peggy—

sonrió Dewey. Después, mirando a George Fellows, dijo

—: Parece que el primer salto no has ido muy favorable para tus muchachos, Fel

Este, rojode ira, rugió:

—¡Tom! ¡Harry! ¡Enpie, inútiles!

¿Es que vais a permitir que el periodista se ría de vosotros?

Tom el Foca y Harry el Sucio se incorporaron, el primero cogiéndose la mano dere

Harry se limpió con el antebrazo las angres que le cubrían los labios y la barbilla, y se

Pensó en desplegar el brazo derecho hacia la cara del periodista, pero éste actuó antes,

alejándole un puño en el mentón, y Harry regresó al suelo sin haber desplegado

Dewey se agachó y la mazad el tipo pasó silbando por encima de su cabeza.

Algo le pareció en el vacío, Tom giró sobre sí mismo y quedó de espaldas al perio

Estes saltos sobre él y le rodeó el cuello con el brazo derecho, mientras movía vel

—¡Cuidado, Tom!—

gritó George Fellows, adivinando la intención del periodista. Dewey y ater

Fellows apretó el gatillo de su «Smith & Wesson».

Tom el Foca, con cuy o cuerpo se protegía Dewey, lanzó una larida al sentirse

Dewey accionó el gatillo de la «Magnum», por dos veces.

George Fellows aulló como un coyote al recibirlos impactos, y poco después

Harry el Sucio extrajo su «Luger».

—¡Paul, cuidado!— chilló Peggy Bowers.

Dewey, que ya no podía sostener con un solo brazo el pesado cuerpo de Tom

lodejócaerysearrojódecabezaalsuelo,haciasuizquierda.

Elpardeplomosquevomitóla«Luger»deHarryseincrustaronenlapared.I

*HarryelSucio*sefuealotromundoinemitielmáslevequejido,porquelaprimerade

lasbalasqueleenvióelperiodistasesepultóensusfrente.

Cuandolasegundaletraspasóelcuello,erayacadáver.

Deweypermaneciótodavíaunossegundosensuelo,sinmoverse,observar

LomismohacíaPeggy,conelrostrodemudado.Suspiernasvacilaban.

Deweyselevantó,dejócaerla«Magnum»,yfuehacialamuchacha,alacuales

—Paul...—musitóella.

—Yapasótodo,Peggy.

—Hasidohorroroso...

—Sí,enverdadlohasido.

Deweylahizocaminarhacialapuerta,ypocodespués,ambosabandonaban

EPILOGO

El timbre de la casa de Ronald Bowers se puso a sonar. Neely, la sirvienta, acudió.

—¡Señorita Bowers!—exclamó, con ojos agrandados.

—¡Neely!—exclamó Peggy, abriendo los brazos.

La estufa facta sirvienta abrió los suyos y ambas se fundieron en un apretado abrazo.

—¿Cómo es posible que...?—balbució Neely.

—El señor Dewey me rescató—informó Peggy.

La sirvienta miró al periodista de *El Correo de Baltimore*.

—¿Oiga, quiénes usted, el ángel de la guarda? Dewey se echó a reír.

—¿Qué ocurrencia, Neely.

—¡Semerece usted que le dé un beso, señor Dewey!

—

Esa clase de donativos nunca los rechazo, Neely. La sirvienta miró a Peggy, quieta.

—

¿No molestará usted si le doy un beso al señor Dewey, señorita Bowers?

—¿Molestará meyo? ¿Por qué iba a molestar me, Neely?

Nique el señor Dewey fue seminovio.

La sirvienta pareció sorprenderse.

—¿Es que todavía no le había dicho que...?—

preguntó, volviendo a mirar al periodista. Estetosió ligeramente.

—Todavía no, Neely—respondió.

—¡Eh!, ¿de qué están hablando?—inquirió Peggy.

—¡Denada, denada!—

exclamó rápidamente la sirvienta, y besó a Paul Dewey.

En aquel momento apareció Ronald Bowers, corriendo, porque había reconocido.

—¡Peggy!

—¡Papá!—

gritó la muchacha, saliendo a su encuentro. Se dieron un largo y emotivo abrazo.

—¿Estás bien, hija?

—

Sí, papá. Paul Dewey apareció en el momento justo, cuando uno de los secuestradores.

Ronald Bowers soltó a su hija y caminó hacia el periodista.

—¡Paul! ¿Cómo diablos pudo...? Dewey se lo contó todo.

—¡Qué audacia la suya, muchacho!—exclamó el escritor—.

¡Presentarse solo en la guarida de los secuestradores!

—Pues todavía te asombrarás más cuando sepa algo, papá—intervino Peggy.

—¿Qué, hija?

—La pistola que llevaba Paul era de juguete.

—¿Eh...?—respingó Bowers. Peggy miró a Dewey.

—Vamos, Paul, explíquele eso también.

Dewey, tras un carraspeo, le confesó a Ronald Bowers que el intento de secuestro
El padre de Peggy sellenó de estúpido.

También Neely. Dewey añadió

—

Ahora que ya los abetodo, señor Bowers, encontraré perfectamente lógico que

—Apuesta a que no lo hace, Paul—

sonrió Peggy. Ronald Bowers también sonrió.

—No, claro que no—dijo.

—¿Eso quiere decir que me perdona usted, señor Bowers?—
inquirió Dewey.

—

Naturalmente. Usted hizo algo que no estuvo bien, pero luego se arrepintió, y eso

—¿Entonces, la entrevista...?

—Mañana a las doce, como habíamos acordado.

—Gracias, señor Bowers—dijo Dewey, rebosante de satisfacción.

—A usted, muchacho.

—

Bien, debo irme ya. Tengo que ver al teniente Horton y darle cuenta de todo lo suyo

—Hasta mañana, Paul.

Peggy acompañó al periodista hasta la puerta. Y salió con él fuera de la casa.
Se detuvieron.

Y se miraron los ojos.

—¿Es necesario que le recuerde que me debe una explicación, Paul?

—No.

—Soy todo oídos.

—Esmuy simple, Peggy. Me he enamorado de usted.

—¿Está seguro?

—Sí, lo estoy.

—¿Y bien...?

Dewey la enlazó por el tallo y la atrajo suavemente.

—¿Quieres casarte conmigo, Peggy?

—¡Paul!

—¿Qué me respondes?

El la sonrió de forma maravillosa y le ciñó el cuello con sus brazos desnudos.

—

Quién iba a decirle a mi padre que acabaría teniendo un yerno periodista...

—Lade entrevistas que le voy a hacer—sonrió Dewey.

—¡Paul!—exclamó Peggy, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—No querrás casarte conmigo sólo por eso, ¿verdad?

—Claro que no.

—
Entonces, olvídate ahora por completo de las entrevistas que pienses hacerle a R. Bowers y dedícale un poco de atención a su hija.
—Todavía atención—
repuso Dewey, y labesó ardorosamente en los labios.

FIN



DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.**

